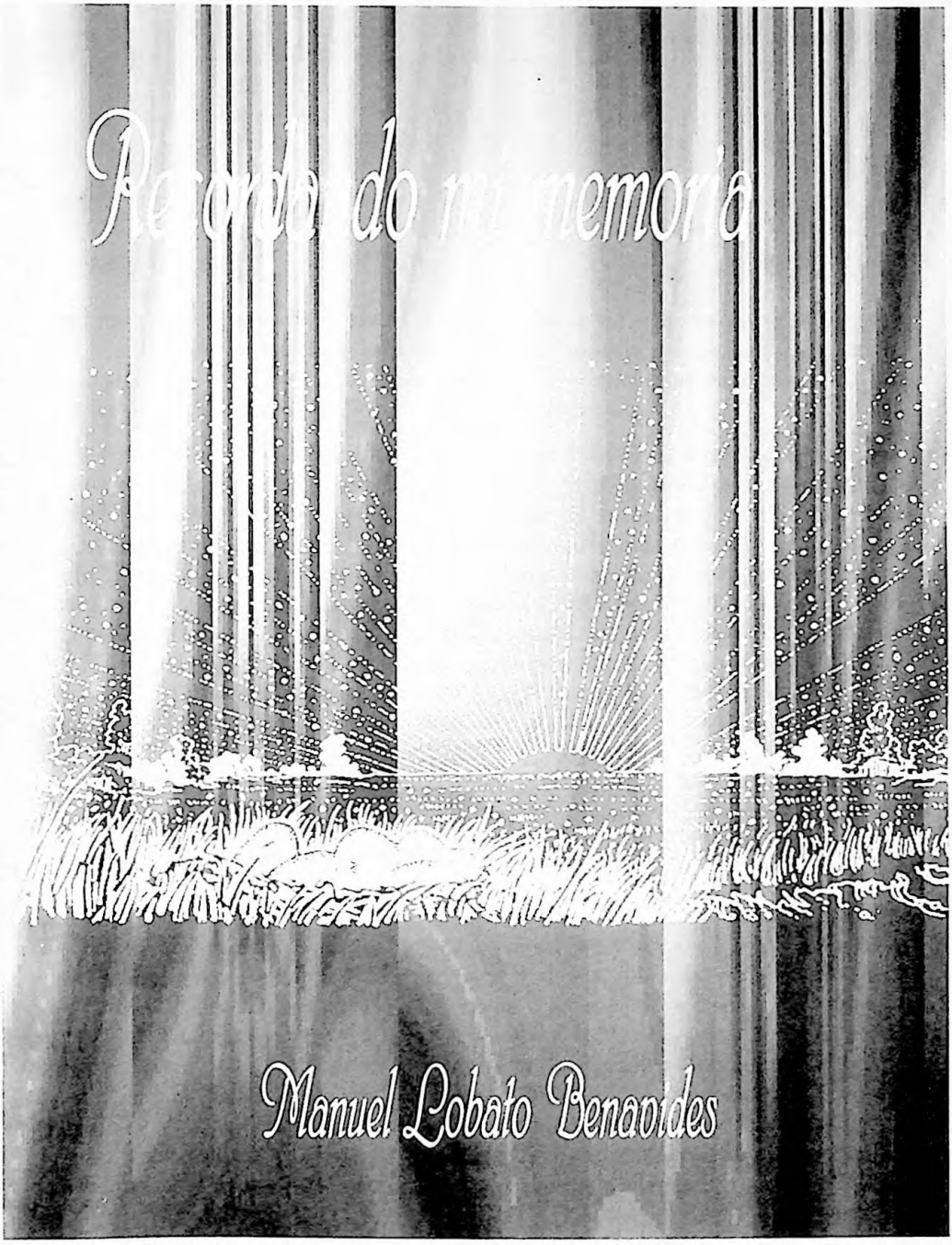
# Recordando mi memoria

Manuel Lobato Benavides


Manuel Lobato Benavides

# RECORDANDO MI MEMORIA

En primer lugar, si esto sale a la luz pública, le ruego a mis queridos lectores, sepan perdonar todas las faltas que esta escritura pueda tener, pues no soy ningún literato y no puedo hacerlo nada más que a lo que mi pequeño talento me pueda dar de sí, por cuyo motivo ruego anticipadamente mil perdones.

Nací en Barcarrota, provincia de Badajoz, el día treinta de agosto de mil novecientos doce, hijo de Juan Lobato Guerrero y de Regina Benavides Rodríguez, ambos analfabetos; mi padre, de profesión porquero, a eso se le llama al que cuida y custodia el ganado de cerda; por cierto, que era hijo de viuda e hijo único por cuyo motivo mi abuela siempre estaba con nosotros; yo era el más pequeño de cuatro hermanos que éramos, pero no creo que venga al caso que yo hable de ellos cuando esto sólo es recordando mi memoria, pero sí diré que mi hermano también se dedicó a la custodia del ganado igual que yo porque era lo que mi padre nos enseñó. Mi hermana mayor se dedicó a la costura que fue a aprender a casa de la señá Inés la Terrona, y la más pequeña al servicio doméstico; recuerdo que de unos nueve o diez años y por primera vez, se fue con la señora Juliana la Serranita que vivía en la Portera Villarroel, y después de un año o dos se fue con la señora María Hormigo en donde estuvo infinidad de años hasta que dicha señora murió, y de ahí no fue a ninguna otra parte por casarse con un hijo de dicha señora.

Ahora explicaré que mi madre era "lavandera", que a eso se le llamaba a la que se dedicaba a lavar ropas ajenas, oficio que heredó de mi abuela, pues mi abuela le lavaba a un sacerdote llamado don Francisco Hernández y a dos que dicho señor tenía, y por lavarle la ropa le daban la vivienda gratis en una casa que tenían al final de la calle San Juanes, casa que recuerdo consistía en una pequeña cocina a la entrada y una pequeña habitación enfrente de la puerta, y eso era todo; casa que la tuvo mi abuela hasta que murió; a la muerte de mi abuela, mi madre siguió lavándole a ellos, pero le quitaron la casa (la vendieron) porque mi padre tenía una de su propiedad también en la calle San Juanes frente al depósito de agua, que consistía en una cocina y dos habitaciones; como tenía bóveda, tenía un doblado dividido en dos partes, en una entrábamos la leña, y en la otra parte entrábamos la paja para las bestias.

Una vez descrita nuestra vivienda, voy a narrar eso de "lavandera". En aquella época era muy diferente a hoy, pues no había tantos adelantos, no se conocían las lavadoras, ni los detergentes, ni había en ninguna casa agua potable, sólo había la de las fuentes públicas, así que las clases pudientes y las clases medias, buscaban mujeres para que les lavaran la ropa, a esas mujeres eran las que se les llamaban "lavanderas", y había algunas que tenían varias casas y estas señoras tenían "igualas" con los arrendatarios o dueños de las huertas; "iguala" que consistía en pagarle un tanto todas las semanas, que no sé cuánto le pagarían a los hortelanos o dueños, a lo mejor tres o cuatro pesetas al mes; estos hortelanos dejaban un trozo de tierra por labrar para que las mujeres tendieran la ropa, a ese trozo de tierra que quedaban por labrar para que hubiera hierba, se le llamaba "prado", que vulgarmente todas decían prao y se daba el caso que había más ropa que tender que prao, así que algunas se iban casi de madrugada para ser de las primeras, porque cuántas veces por el "prao" había dimes y diretes, tú me dices, yo te digo y no quedaba ahí la cosa, porque incluso había hasta tirones de pelo, a pesar de que había muchas huertas donde ir a lavar, pues estaba la Huerta Valle, Huerta Cámara, Las Alamedas, la Huerta la Loba, la de Santiago, la Huerta Mesa y varias más.

Como no había detergentes, la enjabonaban y la tendían en el prao para que con el sol y el jabón se pusiera blanca, a pesar de que también le echaban la colada, que consistía en que en un caldero ponían agua, lo ponían en la lumbre le echaban cenizas, la dejaban que cociera, y, una vez que había cocido, metían la ropa en un cesto de caña o mimbre, le ponían encima un paño, le arrojaban el agua que al cocer con la ceniza se ponía fuerte, a lo que le llamaban lejía, que al ser filtrada por el paño, quedaban los carbones en el paño que le habían puesto y de ahí eso que tanto se usara de que "en la colada, saldrán los carbones".

Hoy, si tuvieran que hacerlo, no podrían, pues a pesar de que las cenizas de su lumbre la iban guardando, a muchas no le alcanzaba, e iban a por ella a la Fábrica de Don Román Fernández o a la de Don Pepe Manjó; hoy, la de Don Román anda con electricidad, y la de Don Pepe ha desaparecido; de ésta, sólo existe el solar y entonces tanto una como la otra, lo hacían con taramas, retamones, o leña, que los hombres que estaban parados, se iban al campo y con su borriquillo llevaban la chusca a la fábrica, y éstas, a cambio, les daban pan, y así se mantenían muchas familias en el pueblo. Hoy, todo eso ha desaparecido, incluso las bestias, pues ni hay lavanderas, ni lumbre, ni colada; hoy están las lavadoras y los detergentes; en verdad, mejor es así, pues recuerdo que mi madre salía por la mañana con un cesto de ropa a la cabeza, otro debajo del brazo, y una cuba en la mano, desde la calle San Juanes al "Valle del Embuá",

distancia de unos tres kilómetros, para regresar bien tarde con la ropa lavada y seca; si iba al "Valle del Embuá" a lavarla es porque era propiedad de don Francisco Hernández y así se ahorraba el tener que pagar una huerta, y nosotros, que éramos siete a comer y a un jornal de mi padre, y un pequeño de mi hermana, pues no estaba la cosa como para andar jugando.

Sigo haciendo repaso a mi memoria; como mi padre era porquero, pues siempre nos encontrábamos en el campo, por el año quince que yo ya recuerde, estábamos en una finca llamada "La Jara", creo que del término de Almendral, con un señor que creo también sería de Almendral, apodado "el Rabioso": un día, estando con mi abuela a la sombra de una encina que estaba muy cerca del chozo, pasó un aeroplano con dirección a Portugal, aparato que fue el primero que mi abuela había visto, lo cual le llamó mucho la atención, y decía que cómo era posible que allí fueran personas dentro de aquel aparato; yo, por mi corta edad no le di crédito, pues yo no comprendía nada de aquello; no recuerdo, a mi corta edad, el tiempo que mi padre estaría con ese señor, pero ya el año dieciséis, o sea, en San Miguel del dieciséis, pues se tenía la costumbre de tratarse el personal de San Miguel a San Miguel, como digo, el dieciséis se fue con una señora viuda de Barcarrota llamada Antonia Saavedra (alias) La Peiná, a la finca "Cabeza Rubia", término de Alconchel y muy próximo al mismo, y allí estuvo hasta San Miguel del año diecinueve que se fue a la finca "Monterroso" de los hermanos Mendoza que eran de Barcarrota, que el que la administraba era don Alfonso Mendoza, uno de los hermanos; que, como mi padre estaba con las cochinas de cría, al castrarlas el señor Mendoza el año veintidós, y no tener ganado de cerda donde emplearlo se vino a Barcarrota; como mi padre tenía una cochina de su propiedad, porque no estuviera todo el día y en casas extrañas me iba con ella unas veces por los callejones del camino de Higuera de Vargas, y otras veces, al "arroyo la dehesa", y otras veces también al "arroyo de las cañas", pero como el asunto económico no andaba nada de abundante la vendió el año veintitrés; entonces, yo fui a una escuela de segunda enseñanza que estaba en la calle Francisco Rubio, conocido vulgarmente por el "Convento", que era donde estaban las cuatro escuelas que había en el pueblo, lugar donde hoy está el Club de ancianos. Mi maestro era Don Francisco Durán, un hombre algo mayor y con el brazo izquierdo amputado por el codo; al principio, me castigaba lo muy bastante tirándome de las orejas y del flequillo, pero yo por eso no me acobardé, y la mayoría de las veces ni se lo decía a mi madre; yo no iba a clase todos los días, pues el día que mi madre tenía que ir a lavar yo me quedaba al cuidado de mi abuela anciana que tenía noventa y un años, por cuyo motivo faltaba a menudo a clase, aparte que no era como ahora, pues en el verano no había vacaciones como hoy en día, lo único que los jueves por la tarde no había clase, luego era todo el verano menos los domingos

que no había en todo el año; también otros días no iba porque mi madre me tenía que lavar la blusilla que yo tenía puesta, y el día que me la lavaba no podía ir por no ir en cueros. Muchas veces, la lavaba por la mañana y la secaba en la lumbre para que fuera por la tarde; otras veces, también lo hacía por la noche, fuera porque Don Francisco comprendiera esas necesidades, o porque viera en mí que era aplicado, lo cierto es que se interesó por mí, que yo iba progresando lo muy bastante. Recuerdo que una tarde, sería por ver qué había en mí o porque quisiera (eso no lo sé), lo cierto que el tiempo que duró la clase lo dedicó conmigo, haciéndome preguntas, y yo contestando, y al terminar, dijo: "Bien, quedan las clases para mañana, podéis iros." Desde entonces, cogió una confianza conmigo que, cuantas veces estando en el recreo, me decía: "Ve tú dando clase a los niños que yo voy ahora". Y se quedaba en el corral bien con los otros maestros (hoy, ya profesores), o bien viendo los rosales y flores que nosotros habíamos sembrado en el patio; fue tanta la confianza que le inspiré que, cuantas veces por la tarde, al terminar las clases nos íbamos juntos hasta la esquina de la calle Santa Ana, que él se iba por el altozano a la calle Salvaleón, donde vivía, y yo, la calle San Juanes arriba, pero antes de separarnos me daba la llave de la escuela y me decía: "Mañana, a las nueve, abres la escuela y vas dando clase." Yo, así lo hacía, pero para quedar bien con él y los alumnos, ponía a uno de la clase de centinela en la puerta de la calle, con la consigna que en cuanto lo viera asomar a la esquina de la calle Parrita diera una palmada en la puerta para saber yo que venía, y entonces se hacía un gran silencio y al entrar decía uno: "¡Don Francisco!" Todos se ponían en pie menos yo que andaba de grupo en grupo dando las clases, y él, enseguida, decía: "¡Buenos días! A lo que todos contestábamos igual; él nos decía "seguid", como él veía silencio y orden, se pensaba que siempre era igual y ¡había veces que aquello era una chusma de carnaval respingando por la escuela!

El día seis de enero del año veinticuatro, por cierto, un día muy espléndido de sol, se inauguró la "Cantina Escolar"; eso fue en un patio que había dentro del recinto que cogían las escuelas, luego la cocina y el comedor, también estaban dentro y no teníamos que salir del recinto sólo de las escuelas para ir al comedor que lo hacíamos por la calle, excepto las niñas que tenían que ir de la plaza; yo no sé quién ordenaría eso de poner la cantina escolar; lo cierto es que a los más necesitados nos daban la merienda, garbanzos con tocino y morcilla y carne, comíamos en ella cuarenta niños y cuarenta niñas, cada semana entraba un maestro y una maestra (a estilo mili); la semana que le tocaba a mi maestro, poco tiempo estaba yo en la escuela, pues era al primero que le daba la lección y me decía: "Vete a la cantina y le ayudas a la cocinera". La cocinera era Agustina, la de Arenita, que vivía en la calle Venegas; yo le ayudaba lo muy bastante, ponía los cubiertos, las servilletas, los vasos del agua, y partía el pan

que eran diez panes todos los días y teníamos que tener todo preparado para las doce, que entrábamos a comer, pero antes de empezar a comer rezábamos para bendecir la comida, y al final también lo hacíamos dando gracias. En las mesas del comedor se sentaban los niños en la parte que daba para la cocina, y las niñas en la parte de la derecha; yo hacía de separación; me sentaba enfrente de la puerta de entrada y a mi derecha todo eran niños, y a mi izquierda todo eran niñas; recuerdo perfectamente que enfrente de mí se sentaba una que sería casi de mi edad llamada María Garrigé, hija de un zapatero que vivía en la calle Badajoz; como nos sentamos unos enfrente de otros llegamos a tener una gran confianza; ella, como su padre era zapatero, estaba calzada, pero la mayoría de las niñas y niños, estábamos descalzos. ¡Qué tiempos aquéllos, cuánta miseria! Hoy ya no nos acordamos. Yo entonces estaba en mi niñez, que la veía de color de rosa, no me asustaba la escuela y luego, en la Cantina, me distraía haciendo el servicio de doncella, pero bien dice el refrán: "mucho bueno, poco dura"; eso me ocurrió a mí cuando el veintitrés de abril por la noche regresó mi padre de "escardar" y le dijo a mi madre: "Me he acomodado y el niño también; así que ve y dile al maestro que ya no vas más a la escuela por irnos al campo". Mi madre le preguntó: "¿Es muy lejos?"- "No, a la Lapita".- "¿Con quién?"- "Con José María Guzmán."

Fue mi madre a decírselo a D. Francisco, ¡y cómo la pondría que regresó a casa llorando como una magdalena!

Mi padre, desde que la vio que iba llorando, le preguntó:

-¿Qué traes?, ¿qué te pasa?

-Que Don Francisco me ha dicho que es una torpeza la que vamos a cometer con el niño, que no lo quitemos de la escuela tan adelantado como va y que demostramos no quererlo, cuando lo quitamos de la escuela para ir a guardar guarros y muchas cosas más que a mí me han convencido.

- El maestro que diga lo que le dé la gana, que diga lo que le salga de la barriga, pero éste, mañana va camino del campo, ¡no faltaba más, que un extraño mandara en mi hijo!

Yo creo que mi madre aquella noche no durmió, pensando en lo que el maestro le había dicho, y en lo que mi padre le contestó. Y, en efecto, el día veinticuatro de abril de aquel año veinticuatro, padre e hijo con once años y ocho meses, salían de Barcarrota camino de la Lapita para guardar guarros; llegamos al cortijo y un hombre ya mayor, llamado Rafael el de Quilimaca, le dio a mi padre lo que entonces se tenía por costumbre de darle a los ganaderos, un costal de lona para el pan, un cántaro para

el agua, y un caldero para hacer de comer, el costal era para la "cabaña", que consistía en que todos los sábados nos daban ocho panes, y como un litro de aceite y un kilo de sal, y en algunas casas daban también medio o un litro de vinagre. Todo este utensilio que nos daban en el cortijo al salirse de la casa, había que volverlo a entregar; en cada cortijo había un muchacho de quince a veinte años que se le llamaba "el jatero", que su misión era ir al pueblo a llevar los huevos, la leche y arreglar en la fragua las rejas y traer los sábados el pan para las cabañas; esto era en los cortijos donde no había fragua ni panadería, que había muchos que tenían de todo incluso carpintería; pues como dije anteriormente, una vez que mi padre cogió todo lo anteriormente expuesto, nos fuimos a la majada "La Parda" que estaba cerca de la huerta y charca de la Lapita y allí se entregó en los cerdos que nosotros teníamos que custodiar.

Recuerdo perfectamente, aunque lo estoy haciendo a mis setenta y dos años, que el primer día que salimos con el ganado lo hicimos por las vegas de la ribera que lindan con las Canchorras, que había tal cantidad de margaritas y a mí me cayeron tan en moda que en vez de atender a los guarros, me llevaba todo el día deshojando margaritas; pues entonces se tenía la costumbre que se decía: "El ganadero al rabo del ganado", pues se salía por la mañana de la majada con el ganado y todo el día se estaba alrededor de él, tanto porqueros como pastores, cabreros y vaqueros (no como hoy en día que todos los ganados están solos). También se tenía la costumbre de que, en el invierno, cabreros y vaqueros encampanillaban el ganado y había algunos tan aficionado a los campanillos que yo creo que no comían para comprar campanillos, pues a fines de octubre o noviembre, iban cortadores a las fincas a talar el arbolado y como los días eran pequeños iban los cabreros y vaqueros con el ganado por la noche a que se comieran ramas; ése era el motivo de ponerle los campanillos; por cierto, que para que abrigaran les daba el patrón una manta, luego, los pastores, cuando encampanillaban el ganado a finales de mayo o primeros de junio, una vez que habían esquilado el ganado.

También recuerdo que en la huerta de la Lapita estaba de arrendatario un señor llamado Manuel Sosa cuyo señor tenía tres hijos, Joaquín, José y Juan; que Joaquín estaba de chófer con el jefe y José y Juan estaban en la huerta con el padre; por cierto, que de las pocas veces que fui a molestar al tal José para que me pusiera algunas cuentas y me explicara algo de lectura, tengo que agradecerle que nunca me dijo que iba a molestarle.

Un día que estaba labrando con sus dos borriquillas que tenía, me acerqué a él para que me pusiera una cuenta y él, en vez de una, me puso varias para que yo, con el ganado, las fuera sacando, que éste tal señor fue en el año treinta y siete, parlamentario

por la provincia de Badajoz: Estando un día con el ganado en el sitio denominado "Pilar de las Yeguas", junto a la finca el "Mojito" y a eso de las once de la mañana poco más o menos vi una cosa extraña en el espacio que me llamó la atención, como una estrella pero de gran tamaño, a una gran altura que iba en dirección a la ribera abajo, que con el sol que hacía se veía palpable que iba encendida; yo, fijo en aquel objeto, vi que se apagó y echó humo, al apagarse formó un gran ruido parecido al de un trueno, entonces mi padre dio en mirar para los lados y yo le dije:

- Ese ruido lo ha hecho una cosa que iba por el cielo que venía por ahí arriba e iba a la rivera abajo que iba encendida y quedando chispas y al apagarse ha echado mucho humo y ha producido ese ruido.

Y aquel objeto fue desapercibido de muchas personas por ser de día; después se corrió la noticia que había sido un bólido; esto fue en el mes de mayo o junio del año veinticinco.

Estando en la Lapita, venía algunas veces con una carga de leña a venderla Barcarrota con el fin de ayudarle algo al jornal, que dicha carga de leña la vendía a un cincuenta (o sea, seis reales), que la mayoría de las veces se la vendía a un herrero que vivía en la calle Sanjuanes, llamado Francisco Lozano, pero para traer una carga de leña a Barcarrota había que traerla, como vulgarmente se dice, de tapaillo, porque no sea que fuera a enterarse el señorito.

Un día de los que vine a Barcarrota fui a visitar al maestro y me aconsejó que estudiara para que no se me olvidara lo poco que había aprendido y al despedirme me dio un librito titulado "Prosodia y Ortografía", en el cual decía: ¿Qué es prosodia? La parte de la gramática que enseña a escribir correctamente. Me dijo: "Aquí puedes aprender porque esto es muy instructivo." También tengo que decir que para irme al campo me compró mi padre unos zapatos que fueron los primeros que yo me ponía; y creo que le costarían unas ocho o nueve pesetas; yo iba ganando quince pesetas al mes y la cabaña ¡vaya dineral!

Como en aquella época no había cosechadoras, todos los cereales se segaban a mano, pocos con máquinas segadoras, y entonces los señores ganaderos compraban los agostaderos en Tierra de Barros y el año veinticuatro, Don José Guzmán se quedó en Santa Marta con el lote la "Atalaya", donde llegamos el día seis de julio; como el ganado de cerda no anda con la calor, de día teníamos que estar donde hubiera agua bien que fuera un arroyo o pozo, y nosotros la sacábamos para que el ganado bebiera y se bañara. En eso de los agostaderos se pasaban muchas fatigas, pues estábamos de noche con el ganado hasta bien tarde, sin acostarnos para que el ganado comiera, que

nos quedábamos donde la noche nos cogía. Luego, por la mañana, a las cinco o las cuatro, nos levantábamos para que el ganado volviera a comer; cuando íbamos de agostadero llevábamos prevención para varios días, por si no vagaba ir a comprarlas al pueblo más próximo que hubiera, la prevención era pan, tocino, morcilla, y si acaso algún queso, y pasaba lo siguiente, que con la calor, el tocino y la morcilla se derretían y eso lo llevábamos en un tarro de corcho, escurría la pringue y nos ponía todo pringado, y el pan y el queso se ponían duros como el cemento; luego teníamos la contrariedad que el traslado del ganado se hacía todo a pie y por caminos por no haber carreteras, así que con las patas hacían una polvareda que nos poníamos nosotros como los payasos del circo, y eso si por casualidad había una tormenta, teníamos que pasarla donde nos cogiera, fuera de noche o de día y al no haber trajes de agua como hoy, era el sol el que nos tenía que secar.

El año veinticinco, en el mes de marzo o abril, sembraron de alcornoques entre Juan S. y Francisco Velasco la cerca a la derecha del cortijo de la Lapita y a la izquierda de la charca, vista desde el camino de Barcarrota a Valverde. También, en el año veinticinco, para aprovechar la montanera, estábamos en las Canchorras en la majada de Manuel Vázquez, que también eran de José María Guzmán y ya por aquella época se oía de que iban a hacer el pan de un kilo de peso, pues el anterior era de 800 gramos, y estando en dicha majada y a finales de diciembre fue mi padre a Barcarrota a por prevención y aquel día tenía que llevar el pan de a kilo; yo estaba deseando que llegara para ver el pan, para ver cómo era de grande, y en cuanto llegó al chozo descargó la burra, yo desaté el costal, y cogiendo un pan le dije:

-¡Qué pan más grande, padre!

Y me contestó:

- También seis gordas son buenas.

Nunca se me ha olvidado esa frase, pues el anterior de ochocientos gramos valía dos reales (o sea, cinco gordas).

Recuerdo que el año veinticuatro fue la última quinta que se hacía con números; yo tenía dos primos hermanos que eran quintos, y mi madre me dijo:

-Vete a la plaza y cuando tus primos saquen los números vienes y me lo dices.

Uno de ellos sacó el veintiuno y el otro el ochenta, de los ochentaicuatro que componían la quinta, los números altos quedaban de excedente y los bajos se iban a Melilla, así que ya, en cuanto los cantaron, salí corriendo a decírselo a mi madre, pero cuando yo llegué yo la sabía ella, y eso de los números lo hacían de la siguiente forma:

en los balcones del Ayuntamiento, para que desde la plaza, el público lo viera, ponían dos bombos, en uno estaban los nombres y apellidos de los quintos y en el otro estaban los números, así que, por ejemplo, decían: Fulano de tal y cual, sacaban la bola y decían número tanto. También un día de los que vine del campo me encontré que la plaza de la Constitución (hoy, plaza de España) estaba puesta de baldosines, los mismos que tiene hoy, pues antes el piso era de tierra. También me enteré que el piso se lo habían hecho dos hermanos conocidos por los "Pevitas"; esto fue el año veinticuatro, lo que no sé es el mes que sería, pero opino que era por el mes de junio, como anteriormente dije, que era plaza de la Constitución, es porque en la pared del Ayuntamiento y en el mismo sitio que hoy tiene plaza de España, había una placa que yo la leí varias veces, en la cual ponía plaza de la Constitución. Por aquellos años, los hortelanos iban a vender sus productos a la plaza, que se ponían a la derecha de Hernando de Soto, y porque la fruta no estuviera en el suelo, tendían la serilla de los aparejos de las bestias, que unas eran de esparto y otras de tiras de trapos tejidas y allí echaban la fruta, y allí estuvo la plaza hasta el año treinta y uno, que el catorce de abril se proclamó la República, y entonces, siendo alcalde D. Teófilo Procnza Borrachero, la mudó a la plaza de Emilio Castelar y allí estaba en unas mesas portátiles y allí siguió hasta que se mudó al Mercado Municipal, hoy Plaza de Abastos: Tengo que hacer constar que, a pesar de que la plaza no tenía piso más que la tierra, como allí estaban las cuatro escuelas de niñas y, a pesar de estar descalzas, jugaban cogidas de las manos haciendo corros, cantaban las canciones que entonces estaban en moda tal como ésta que decía así:

"Al levantar una lancha,
una jardinera vi,
regando sus lindas plantas..."

Y esta otra que decía:

"A un capitán sevillano
siete hijos le dio Dios,
y tuvo la mala suerte
que ninguno fue varón..."

Y muchas más como ésta que decía:

"Papá, ¿quiere usted que vaya un poquito a la alameda,
con las hijas del Vizconde...?"
Y otras más.

También recuerdo que el año veinticinco fuimos de agostadero a Pardaleras (Badajoz), donde hoy está la Residencia, que salimos de La Lapita al salir el sol del día dos de Julio y llegamos a la postura del sol a Pardalera, y el año veintiséis, estando con el ganado en la cerca "Mariquita", perteneciente a La Lapita, y ya por el mes de Junio, llegó una tarde el jefe y le dijo a mi padre de esta manera:

- Juan, este año el agostadero es en Sagrajas, así que allí irá usted.

A lo que mi padre le preguntó:

- ¿Eso dónde está?

- A unos quince kilómetros de Badajoz para allá.

A lo que mi padre le contestó:

-Pues puede ir buscando porquero que lo que es Juan Lobato allí no va.

- ¿Por qué?

- Porque es muy lejos, allí me pongo malo y me traen muerto a Barcarrota.

- Hombre, aquí también se puede morir y llevarlo muerto a Barcarrota.

- Bueno, me muera o no me muera allí no voy.

Y ése fue el motivo de salirse de la casa.

Al salirse mi padre de la casa, nos fuimos a Barcarrota, y mi padre se fue de agostadero con un señor apodado "El sargento" de Olivenza y mi hermano y yo fuimos de agostaderos a la finca "Las Monjías", término de los Entrines, que se quedaron con dicho agostadero Adon el de la Moñina y José García "Vela". Estando en dicho agostadero, una noche que había una poquita de luna, estábamos con el ganado en el rastrojo, me dijo mi hermano de esta manera: "Bájame los pantalones/ acúdeme aquí, hermano/ tengo un bicho en la berija/ y lo tengo cogido con la mano/. Le bajé los pantalones/ y el bicho que tenía en la berija/ con la luna comprobamos/ que era una lagartija".

Allí estuvimos hasta finales de agosto que se acabaron las espigas y nos vinimos a Barcarrota. En los días de las ferias nos buscaron a mi padre y a mí por año (hoy se llama fijo), para irnos a la finca "La Grulla" propiedad de Don Luis Mendoza Bootello en la que estaba de arrendatario un señor llamado Anastasio Baquerizo apodado "Zambomba".

Después que pasó la feria, o sea, el día doce, nos fuimos a entregar en el ganado a la "Dehesa Nueva", término de Valverde de Leganés, que era de la comunidad de labradores y de ganaderos y que Don Luis se había quedado con el agostadero de dicha dehesa y estuvimos allí hasta el día treinta en el que salimos por la tarde porque teníamos que compartir la distancia de las jornadas, tanto en ése como en todos los traslados que en el verano hiciéramos con el ganado de cerda debido a la calor; así que salimos por el camino de valverde a Táliga (hoy, ya carretera); aquella noche nos quedamos en un toril que había en la finca "Los Fresnos" y al otro día fuimos a sestear a la rivera de Táliga en el sitio denominado "Las Gargantas" y a dormir a un toril pasante de Alconchel que estaba en la finca "Raviquero", y nos quedamos en los toriles por estar muy próximos a los caminos; no era que nosotros dejáramos el camino por ir a los toriles, y de allí al otro día a la finca La Grulla, que esto fue ya el día dos de octubre del año veintiséis. Como yo era el más pequeño, pues sólo contaba con catorce años, el señor Vaquerizo empezó a llamarme Manolito, y todo el personal de la finca siempre me llamó Manolito, incluso hoy, con mis setentaidós años, los familiares del señor Vaquerizo me lo siguen llamando. Pues como yo tenía gran interés en aprender a leer y echar cuentas, resulta que en las pizarras que estaban en las paredes y eran propias para ello, me enredaba a escribir en ellas y a hacer cuentas de sumar que eran las pocas que yo sabía, y tuve la contrariedad que no había en la finca quien me enseñara nada y explicara, por ser todos analfabetos; como en las pizarras escribía con otra pizarra, quedaban las letras y números grabados que no se podía borrar, por eso, cuando las veía el señor Vaquerizo, me decía que estaba tonto, eso me lo dijo muchas veces, y como a mí se me daba el trovo cuando me decía algo, siempre le decía alguna cosa; un día me dijo:

- Estás tonto y nos vas a poner tontos a todos.

Pero yo le contesté:

- Usted dice que yo estoy tonto/ cosa que a mí no me asombra/ yo sigo con mis tonterías/ y usted siga siendo zambomba.

Y él me dijo:

- Anda, vete ya, porque te pareces a Pepe Chimenco.

Yo, aunque me lo dijo muchas veces, no pude saber quién era ese Pepe Chimenco.

El año veintiocho, cuando yo tenía dieciséis años, echó el señor Vaquerizo unas cochinas para criar, y yo me fui a la corralada de Mayoral, corralada que habían hecho los hermanos Ricis de Barcarrota a piedra y barro; y allí había más chinches que pie-

dras; ¡lo que yo trabajé en ella no es para decirlo! El día catorce de abril del año treintaiuno se proclamó la República, entonces la gente empezó a hablar de política y a leer periódicos y yo me metí más aún en el afán de aprender. Por los años treintaidós y treintaitrés se repartieron tierras a los de Cheles y Alconchel para que las sembraran, y yo, cuando iban, les decía que me enseñaran algo, y así, poco a poco, aprendí algo más.

En el año treintaidos, en el mes de marzo, vino un portugués pidiendo trabajo a la Grulla y el señor Vaquerizo lo empleó con unos becerros, que después se quedó para lo que hiciera falta; después, por el mes de mayo o junio se trajo la familia, y de tres hijas que trajo, la mayor que era de mi edad, por no ser despreciable, me enamoré de ella; esto fue en el mes de agosto; yo, que siempre andaba cantando, saqué esta coplilla que decía:

Con mi novia portuguesa
y las cochinas de cría
me encuentro siempre contento
por la noche y por el día.

El año treinta y tres, como yo sólo ganaba veinte pesetas al mes, le pedí al señor Vaquerizo más sueldo y me dijo que me daba cuatro cabras "de escusas", así se denominaba al ganado que el patrón le daba al ganadero por encima del sueldo, que las escusas comían donde comían los ganados del patrón; entonces mi padre compró las cuatro cabras en la finca La Talanquera a un piarero de Oliva, que cada cabra le costó siete duros. ¡Lo que cambian los tiempos! Con la leche que daban las cabras, mi madre hacía queso, y las iba metiendo en un pote, y allí los guardaba; como yo iba algunas veces a Cheles a por prevención, el día que iba le quitaba a mi madre un queso o dos, sin que ella me viera y los vendía en el mismo comercio que suministraba a todo el personal de la finca, que era de una señora de Higuera de Vargas llamada Dolores Cabalgante; a esta señora la tuve que avisar de que la venta de los quesos no se lo dijera nada a mi madre, que el dinero lo quería para comprar libros, secreto que siempre me guardó; los quesos me los pagaba a mí, igual que todos los que compraba, a un real cada uno, o sea, a veinticinco céntimos, y ella los vendía a tres gordas, y las ganancias eran de cinco céntimos. Un día pedí a un librería de Madrid tres libros que eran: "El derecho de asociación en España", "El abogado del obrero", y el otro, "El cura, la mujer y el confesionario". Estos libros valían una cincuenta cada uno, o sea, seis reales cada uno, pero con el reembolso me costaron siete pesetas; yo sólo tenía cinco y mi madre estaba en Barcarrota, así que tuve que pedirle a mi padre dos pesetas que me di mil vueltas para pedírselas; él me preguntó:

- ¿Para qué son esas dos pesetas?
- Para pagar unos libros que he comprado.
- ¿Sólo dos pesetas valen esos libros?
- No, señor, valen siete.
- Entonces, ¿las cinco que faltan?

Entonces tuve que echarle una mentira por no descubrir mis andanzas.

- Me las dio madre el otro día. Me dio las dos pesetas, y me fui a Cheles a por los libros; tan deseando estaba de cogerlos que desde la Grulla a Cheles se echaba normalmente una hora de camino y creo que yo llegué en media. ¡Qué contento iba yo porque iba a recoger unos libros!; con los libros y mi trabajo diario me encontraba muy contento, aunque hoy reconozco que era demasiado excesivo, pero yo no pensaba en tal cosa; a mí me gustaba el campo y yo gozaba a diario con las cosas del mismo; aquellas campanilladas que le ponían en invierno al ganado vacuno y caprino, que andaban los ganaderos cuál podía tener más y mejores, que estaba el ganado pastando en una finca y se oían bien lejos de la misma, aquello parecía que daban alegría al campo y parece que hasta lo hacían más bello.

Como anteriormente dije, en el mes de agosto me enamoré de la portuguesa, pues tengo que hacer constar que esto fue el día diez de agosto, que por cierto, dicho día, el general Sanjurjo, de guarnición en Sevilla, quiso sublevarse y dar un golpe de Estado; a esto se le quedó por costumbre la Sanjurjada del diez de agosto; entonces, yo saqué esta coplilla:

Con estas cosas que pasan
me dan ganas de reir,
Sanjurjo se sublevaba
y yo me enamoraba de ti.

Esto se lo dije yo un día a la novia.

El año treintaitrés era la quinta mía, pero no pude entrar en ella por no estar inscrito en el juzgado, y tuve que entrar en la quinta del treintaicuatro; también recuerdo que, a finales de octubre del año treintaitrés, una noche hubo lluvia de estrellas.

La lluvia de estrellas era de la siguiente forma: las estrellas, en vez de estar quietas en el firmamento, estaban moviéndose de un lado para otro.

Como estoy recordando mi memoria, también tengo que hacer presente que a finales del año veintiséis se puso el teléfono en Barcarrota; a finales del mismo año se inauguró el actual matadero municipal, y también en el mismo año, se pusieron dos

surtidores de gasolina, uno donde hoy está la droguería de Mari Carmen, y el otro en frente de donde hoy está la parada de taxis.

El año treintaicuatro, aunque no era mi quinta la de ese año, fui con ella, pero por ser el día cuatro de octubre, los sucesos de Asturias nos retrasaron un mes, y en vez de irnos a finales de octubre, nos fuimos a finales de noviembre, y a mí me tocó a la escuela de Equitación en Carabanchel (Madrid); llegamos a las once y media y, por la tarde, nos dieron la ropa y el calzado, y a los tres días me nombraron servicio de imaginaria; esto consistía en estar en el dormitorio vigilando a los soldados que dormían; en este mismo reemplazo fue uno de Asturias que era actor y director de teatro, nos dimos a conocer y tuvo un gran empeño en llevarme con él para trabajar con ellos en la compañía, pero yo le dije que no. Un día me dijo:

- Vente a razones, que allí has de estar bien, somos todos de familia, mis hermanas, los novios, mis hermanos y sus novias, y a ti te consideraremos como a uno más de la familia; vente, deja el campo y no seas tonto.

No quise, tenía tan metido el campo en mi cabeza, que a mí se me hacía que aquello era lo mejor; recuerdo que un día le dije:

- Eres actor y director
de una compañía de teatro
y para que trabaje contigo
te quieres llevar a Lobato.

- ¡Muchas gracias, buen amigo!

Hubiese sido mejor no haberle dicho nada.

Volvió a rogarme que me fuera con él, pero yo siempre le dije igual, que no; este tal señor por llevar la instrucción aprendida sólo estuvo sirviendo tres meses; al irse se despidió de mí y quiso darme la dirección para que yo me fuera cuando me licenciara, pero yo no quise. En el cuartel entraba a vender cosas para los soldados: tabaco, cartas, crema, etc...; este señor era mutilado de la guerra de Melilla, que creo que tenía la graduación de Brigada. También vendía novelas y libros. Un día le compré una geografía de 1921, que me costó seis reales, de segunda, tercera o cuarta mano; otro día también compré una aritmética al mismo y también me costó seis reales, que era de 1873, por cierto, muy instructiva, y se me metió en la cabeza que tenía que aprender y aprendí.

En el mes de marzo me dio un ataque de reuma y me llevaron al Hospital Militar que estaba en Carabanchel Bajo, al poco de estar en él, ingresó un guardia

civil, también con reuma que, de cintura para abajo, estaba completamente inmóvil. ¡Cuántas veces le tuve que lavar como a un niño chico! También me aconsejó muchas veces que solicitara a la Guardia Civil y que dejara el campo; mi respuesta siempre fue la misma: "A mí el campo me encanta".

A mí me dieron el alta primero que a él, pero me dio la dirección de su casa y me rogó que antes de licenciarme fuera a su casa, y así lo hice; él vivía en Bravo Murillo, cené con ellos y todo le parecía poco a aquel matrimonio para darme; esto fue a finales de noviembre del año treintaicinco; recuerdo perfectamente que se llamaba José María Sánchez Guijaldo Manzaneque, de Ciudad Real o de provincia, y luego, al estallar el Movimiento, en el año treinta y seis, nunca más he sabido nada de él.

En el mes de junio se fue con permiso el ordenanza del teniente Don Ángel de Urquijo Losada y me quedé yo de ordenanza con él; por cierto, que se casó en el verano y nos dio un extraordinario a todo el escuadrón. En julio se fue con permiso el cabo Furriel, le dieron quince días de permiso y durante su ausencia desempeñé yo la Furrielería; de tal forma lo hice, que nunca ninguno protestó por el servicio que le nombraba.

En el mes de febrero, juramos bandera todos los cuarteles que había en Carabanchel Alto, y fue en el cuartel de Artillería a caballo, y la bandera que juramos fue la de la República, que era tricolor, o sea rojo, amarillo y grana; al terminar nos dieron rancho extraordinario. El día veinte de octubre nos tuvieron acuartelados porque iba a dar un mitin en Carabanchel Don Manuel Azaña y Díaz; este mitin fue considerado como el mitin monstruo; se calcula que acudieron a él de novecientas a un millón de personas; este señor fue presidente de la República en el año treintaiseis; pusieron camiones para ira a oírlo de toda España; de Badajoz; ida y vuelta; el viaje costaba quince pesetas.

El día veintiséis de ese mismo mes me licenciaron y el veintisiete llegué a la Grulla, donde cogí el puesto que dejé; hasta entonces lo había desempeñado mi hermano, y ahora se me dio el caso siguiente, que el señor Vaquerizo, como era medio analfabeto y tantas veces me había dicho que estaba tonto, me cogió para que le llevara la contabilidad y el peso de los ganados, tal como el de los cochinos gordos, que se tenía por costumbre pesarlos por arrobas y libras, y el de los borregos que se hacía sólo por libras, y luego el de la lana que se hacía por kilos; tuve la gentileza de nunca decirle al señor Vaquerizo: - "LLame a otro, porque yo estoy tonto". Esto fue en octubre del año treintaicinco.

El dieciocho de julio del año treintaysúis estalló la guerra civil española o a lo que se le llamó la Cruzada, y España quedó dividida en dos; una zona republicana (rojos), y la otra zona, los nacionales; por estar yo en Extremadura, quedé en la zona republicana, hasta que poco a poco fueron tomando los nacionales pueblos y capitales. El catorce de agosto tomaron Badajoz, el veinticinco del mismo, Alconchel, Táliga y Barcarrota, mientras yo, con los guarros en la Grulla con el ganado y nada más. Pero el veinticuatro o veinticinco de septiembre cogí una carta del Ayuntamiento de Barcarrota que, entre otras cosas, decía: "Por orden de su Excelencia el general en jefe del ejército del Sur Don Gonzalo Queipo de Llano, se llama a filas a todos los del capítulo diecisiete, y siendo usted uno de ellos tendrá que hacerlo lo antes posible". Se lo dije al señor Vaquerizo, y me fui a Barcarrota. Me presenté en el Ayuntamiento, me tomaron la filiación y me dijeron que al otro día a las nueve en la Estellesa a Badajoz; fueron conmigo a entregarme el jefe de Falange y José Carbajal, que era concejal; me llevaron al Cuartel de La Bomba y allí me entregaron a un capitán. Este capitán era el encargado del reclutamiento, me tomó de nuevo la filiación y, al terminar, me dijo:

- Vete al Cuartel de Menacho y preséntate al Teniente Santamaría.

Pero cuando iba saliendo entraba un grupo de unos quince o veinte que eran de Jerez de los Caballeros; me llamó y me dijo: - "Ahora te vas con éstos."

Después de que le tomó la filiación, me fui con ellos y con un señor que nos llevaba al Cuartel anteriormente citado; el señor que nos llevaba nos entregó al Teniente Santamaría que era el encargado de recuperación. En el cuartel había muy pocos soldados, nos dejaron con la ropa que cada cual llevaba puesta, así que, cuando salíamos por Badajoz, éramos uno de tantos; en el cuartel no había camas, muchos techos estaban al descubierto y las ventanas no tenían ni puertas; para dormir, nos acostábamos en el suelo, y por no arrecirnos de frío, nos juntábamos unos con otros sobre los rincones de las paredes. Todos los días a las doce, antes de ir al comedor, nos formaban en el patio del cuartel y, con la banda del regimiento nos hacían, cantar el himno del soldado, el himno del regimiento y el himno de la academia. (todas estas canciones están al final de mis memorias).

El día dos o el tres, nos dieron el armamento; estaba de encargado en el cuerpo de armas un tal de Barcarrota llamado Juan Domínguez Cuenda.

En el cuartel no estábamos muchos, así que hasta que no fueron ingresando de los pueblos que se iban tomando, no podían hacer una compañía.

El día dos por la noche, cuando pasó lista Santamaría, nos dijo que todos los del capítulo diecisiete nos teníamos que poner los galones de cabo del capítulo diecisiete no éramos muchos, sólo ocho o diez, aunque yo, en realidad, no era de ellos. El día tres, estando formados, nos dijo que los del capítulo diecisiete saliesen de fila; como salieron pocos porque algunos no estaban, pasó lista y al nombrarme a mí me dijo que por qué no había salido; yo le contesté que no era del capítulo diecisiete, ni sabía lo que era eso, entonces se fue a mí muy malhumorado y me dijo:

- Si me dice que no es del capítulo diecisiete, le parto la cara.

Y tanto se arrimó a mí que yo creí que no me escapaba; entonces los del capítulo diecisiete me explicaron lo que era eso y me preguntaron si mi padre no había pagado para que me quedara sirviendo en Badajoz, a lo que le contesté que ni mi padre había pagado ni yo había servido en Badajoz; yo había servido en Madrid, y que al pagar los padres y quedarse sirviendo en la capital se les llamaba soldados de cota; recuerdo de los que había, estaban en buena posición, pues había uno de Valencia del Mombuey que tenía un comercio, un tal Genaro Martín Marrón, hijo de un herrero, Nicolás Núñez Barro y José Forastero Tamarí, propietarios de Segura de León, Bodonal de la Sierra y Fuentes de León, respectivamente; éstos, como se pusieron los galones de cabo, a los siete meses, estando en Peñarroya, les fue el ascenso de Sargento provisional; entonces me dijeron:

- Si tú te hubieras callado, ahora serías sargento.

Y yo les contesté:

- Ni entonces, ni ahora, ni nunca lo seré.

El día cuatro, Santamaría nos dijo que todo el que supiera leer y escribir que se lo dijera para hacerlos cabo, porque se iba a organizar una compañía y se precisaban bastantes. El día cinco por la mañana, nos dieron unos monos, un gorro y unas alpargatas que eran de los guardiñas portugueses; éstos tenían un color gris claro; ésa fue toda la ropa que nos dieron, Como de los pueblos que se habían tomado se iban incorporando a filas, ya el día ese se había formado una compañía. El mismo día por la tarde nos dieron un cobertor y una bolsa de costado (especie de talega) para meter las municiones; nos formaron y nos dijeron que esta Compañía es la segunda del Quinto Batallón del Regimiento Castilla. Después nos montaron en unos camiones y salimos con dirección a Los Santos de Maimona, a donde de noche llegamos; por cierto que, antes de llegar llovió y nos dimos un buen remojón. Al llegar a Los Santos nos alojaron en el Hotel Comercio: Al otro día, nos dijo un Teniente que iba al mando nuestro hacien-

do de Capitán, que pidiéramos por el pueblo un plato para la comida, que estábamos en guerra y había que espabilarse; salimos por las casas pidiendo platos y de momento nos hicimos de ellos; pero el día ocho, que se enteraron que nos íbamos, y estando formados esperando los camiones, las mujeres se desplazaron allí a pedirnos los platos y se formó un escándalo de no contar: algunas decían:

- ¡El plato que le di que era de mi madre!

Algunas se acercaron a los soldados diciéndoles:

-¡Tú, dame el plato!

Entonces, el Capitán les dijo:

- Señoras, márchense ustedes que los platos están en buenas manos.

Cogimos los camiones y llegamos a Campillo de Llerena, también llegamos de noche. Allí nos dieron por cuartel una de las muchas casas que había deshabitadas. El día diez por la noche nos dijo el capitán que teníamos que formar con el equipo a las tres de la mañana, y a las dos cuarenta y cinco, el Imaginaria nos empezó a llamar; a las tres nos formaron para tomar el café.

Después de tomar café
el capitán nos decía
para coger los camiones
a formar la Compañía.

Por último, cogimos los camiones y pasamos por Retamal de Llerena, pero no paramos nada; seguimos con dirección al Valle de la Serena, pero a eso de las diez de la mañana, el enemigo (los rojos) nos divisaron y empezaron a tirarnos tiros de fusil, por lo que el Mando ordenó que nos apeásemos y marchásemos hacia unos cerros que era de donde procedían los tiros; una vez que subimos al cerro y vimos que el enemigo había huido nos mandó el capitán irnos a un cortijo que estaba a la izquierda nuestra y después me enteré que aquel cortijo pertenecía a la finca llamada "Tamburrero". Al llegar al cortijo nos mandaron hacer unos parapetos que, como había muchas piedras, los hicimos de momento; a primeras horas de la noche llegó para hacerse cargo de nosotros un Capitán de los del Alcázar de Toledo. Así pasamos la noche que era la del 11 de octubre. Al otro día por la mañana, día de la Virgen del Pilar, nos dieron en tirar casi por los cuatro costados; viendo el Mando que estábamos rodeados, mandó que salieran dos voluntarios a caballo de unos veinte o treinta de caballería que iban con

nosotros, y que fueran a Retamal a avisar por teléfono a Badajoz para que fueran fuerzas a socorrernos; dio la casualidad que al llamar a Badajoz llegaba una batería al Cuartel de Menacho y sin bajarse éstas de los camiones la mandaron hacia Tamburrero; montaron la batería próximo a Tamburrero y en el primer disparo que sólo hizo un canón salieron corriendo y nos quedamos nosotros por amo de todo aquello; entonces, el Capitán ordenó irnos a Retamal, pero al coger los camiones y coches que habíamos dejado el día anterior, tuvimos que dejarlos por no tener gasolina, y nos tuvimos que ir a pie, llegando de noche; nos dieron por cuartel la iglesia del pueblo, que por cierto, estaba utilizada de almacén de trigo. Allí no recuerdo bien los días que estuvimos, no fueron muchos; de allí nos fuimos a Azuaga; como había llovido, cuando íbamos para Los Santos y también la noche que pasamos en Tamburrero, yo tenía una gran bronquitis, que al ir a Azuaga me tuvieron que echar al hospital, que era una casa del pueblo que habían utilizado con ese fin; en él estuve siete u ocho día, y al darme el alta, tuve que irme a Mérida, que era donde estaba mi Compañía; estaba la Compañía en el cuartel de artillería de dicha plaza. Este cuartel también se encontraba bastante deteriorado, tenía unos buenos pabellones, pero las ventanas no tenían puertas y pasábamos mucho frío, pero nos hicimos de unos sacos, le echamos paja y así dormíamos algo mejor; como estaban haciendo un campo de aviación de Montemolín para adelante, íbamos todos los días unos quince o veinte de cada Compañía a trabajar al campo: El día dos de noviembre ( Día de los Difuntos), estando trabajando en él, perdí una navaja que había llevado de Barcarrota. Entonces dije:

El Día de los Difuntos
por suerte o por desgracia
en el campo de aviación
he perdido mi navaja.
Le tenía gran estima
por traerla de Barcarrota
pero como la he perdido
tendré que comprar otra.

Estando en Mérida, juramos bandera, lo hicimos a la roja y gualda, en la plaza donde está el Ayuntamiento; en esa plaza estaba la Comandancia Militar; ahí teníamos mucho servicio, guardia a las entradas de Mérida y, por la noche, retén desde las siete de la tarde hasta las siete de la mañana, patrullando por las calles. Un día nos dieron unos capotes de paño que estarían teñidos, porque una noche que llovió algo, al otro día por la mañana nos reíamos unos de otros porque habían desteñido y estábamos hechos payasos. Una tarde, nos cogió el Capitán y empezó a ir por los comercios en

que vendían zapatos, y le decía a los dueños que sacase los zapatos que tuviera del treintaiocho al cuarentaidos, y nos decía a nosotros: "Váyanselos probando." Y así nos calzó, porque aún estábamos con las alpargatas.

El día treinta de noviembre por la noche nos dijo el Capitán que el que quisiera irse a Badajoz, que se apuntara para ir al otro día, pero no nos dijo para qué era; yo, pensando que iba a estar en Badajoz, me apunté porque me dije: "De Badajoz me voy a Cheles a ver a mis padres o a Barcarrota a ver a mi hermana." Y nos apuntamos unos diez o quince, y el día dos, cogimos el tren para Badajoz y llegamos a las once y media a la estación y de allí nos fuimos al cuartel Menacho. ¡Pero vaya desengaño que yo me llevé cuando al entrar en el cuartel nos dijeron que de salir ni a Badajoz!

Habían llamado a la quinta del treintaiseis y les estaban dando ropa y armamento, y nos dijeron que, según se termine con los quintos hay que salir de Badajoz. Por la tarde y antes de salir, nos dijeron: "Ésta es la Cuarta Compañía del Séptimo Batallón". Entonces dejé de pertenecer a la Segunda del Quinto, como lo había estado haciendo hasta entonces; por la tarde nos montaron en camiones, y salimos con dirección a Alburquerque, donde llegamos ya de noche; los que habían llamado de aquella quinta que iban con nosotros eran de Galicia y de Valladolid: En Alburquerque, nos alojaron en el Liceo de los Artesanos, la planta baja tenía habitaciones, y en la planta alta había un buen salón donde hacían los bailes; abajo se quedó la oficialidad, y la tropa arriba al salón, pero sólo para dormir, pues para comer nos echaron a las casas más pudientes; a mí me tocó a la Posada del Navajero, un señor tratante de bestias y hacía navajas; una familia bastante amable y cariñosa; tenían tres hijos mayores y dos niñas, una de unos seis años y otra de ocho; yo jugaba mucho con las niñas; allí echaba muchos ratos; otras veces iba a echar el rato a casa de un señor que no recuerdo si era tío del padre de la señora Concepción, así se llamaba la dueña de la posada. Ese señor vivía en Reducto catorce músicos, y el músico más viejo de la Banda de Alburquerque en edad y profesión, y allí charlábamos y echábamos el rato; y también era corresponsal del periódico "Hoy", que varios me mandó al frente, y se llamaba Martín Chaparro Rey.

También tengo que decir que el oficial que iba a cargo nuestro era un Teniente que iba haciendo de Capitán, llamado Don Antonio Merino Cabeza, que era de Villanueva de la Serena (Badajoz). Como en el Liceo de los Artesanos hacían baile, pues en el salón había un piano, que ése fue el que me dio a mí tanta fama; yo, que en mi vida había puesto las manos en un piano, empecé a darle a las teclas y cuando toqué una que sonaba como un teléfono, empecé todas las noches a dar las noticias, o el parte

como se decía, al General Jefe del Ejército del Sur, Don Gonzalo Queipo de Llano. Empezaba así, tocaba la tecla y yo solo me llamaba y solo me contestaba:

- ¡Hola, Sevilla! ¿El General en Jefe?

- Sí.

- A sus órdenes, mi general, ¿que quién es aquí en Alburquerque? El Comandante de Estado Mayor Manuel Lobato; bien, bien, ¿que le diga las operaciones del día? Ahora mismo, mi General, tome nota. Hoy salimos por los campos explorando el terreno, y en una finca de monte, debajo de una encina, sorprendimos a una buena roja con seis rojitos, y quisimos rescatar a los rojitos, pero el Capitán no nos dejó. Sí, mi General, sí, como se lo digo, no nos dejó, no, si nos deja, nos los comemos, ¿que si nos comíamos a los rojitos?, claro que sí, mi General, claro que sí, ¿que si íbamos a comer carne humana?, no, mi General, no. No eran personas, era una gran cochina colorada con seis guarritos chicos también colorados, por eso que eran "rojos".

A la noche siguiente, los soldados me decían:

- Mi Comandante, ha llamado el General, para que le diera las noticias, pero como usted no estaba hemos colgado.

Y así todas las noches un rato de jolgorio; un día me dijo un Sargento:

- Esta noche va a venir el capitán a oirte; tú, cierra la puerta que él no entra; yo como si no supiera nada.

Ni a los soldados se lo dije; según llegamos al salón empezaron a decirme:

- Mi Comandante, ¿esta noche no da usted el parte?

- Sí, pero me ha dicho que lo llame de que pase un ratito porque iba a tomar café.

Yo, al poco me iba al piano y ¡hala!:

- ¡Oiga, mi General!; sí, sí, el Comandante de Estado Mayor Manuel Lobato. Bien, ¿que le diga el servicio de hoy?; tome nota, mi General: Hoy hemos salido a trescientos kilómetros del pueblo, sí, sí, a trescientos kilómetros. ¿Que no puede ser?, sí, mi General, bueno, su excelencia dice que no puede ser a trescientos kilómetros, pues quítele los kilos y quédele los metros; como le digo, hoy, en nuestro servicio vimos una cantidad muy grande de "rojas" y un solo "rojo" con ellas; ¿que si era un Regimiento?, ¿que si era un Batallón? No, mi General, era una piara de vacas coloradas y un toro también colorado, por eso era rojo.

Así, con estas cosas mías una y otra noche, que me quedaron el Comandante.

En Alburquerque, estábamos muy bien; de día salíamos a hacer instrucción y por la noche a dormir; las guardias las hacían los falangistas del pueblo. Cuando regresábamos de la instrucción, casi siempre íbamos a discreción, o sea, aunque formados pero hablando y fumando, y entonces cuando íbamos por el pueblo me decían los soldados:

- Cante algo, mi Comandante.

Yo, que no precisaba que me rogasen mucho, y sabiendo que lo que querían era la guasa, enseguida empezaba diciendo:

En la plaza de los toros
una mujer dio un chillido
cuando vio salir el toro
creyó que era su marido.
A lo que ellos contestaban:
- ¡Ay, chirivi, chirivi, chirivi, ay, chirivi, chirivi, che.

Las mujeres se reían y los soldados decían: "Otra, otra." Yo, contar de que las mujeres se rieran, decía:

Una vieja muy revieja
más vieja que San Antón
como no tenía sostén
siempre se ponía un serón.

A lo que ellos contestaban con el estribillo. Si tardábamos algo en llegar al lugar que teníamos por cuartel, ellos decían otra, otra, y yo decía:

Una vieja se cagó
en un confesionario
y otra vieja lo cogió
creyendo que era un rosario.

A lo que ellos decían: "Ay, chirivi..."

A los ocho días nos trasladaron de alojamiento, y a mí me tocó a casa de un señor apodado "El muleto burrero", que recuerdo que en las ocho noches que comí en su casa y comía a la mesa con ellos, comí siete gazpacho y una ensalada. En Alburquerque estuvimos dieciséis días, luego fuimos a Badajoz, donde estuvimos cin-

co o seis días, y de allí fuimos a San Vicente de Alcántara, que también para comer íbamos a las casas particulares; a mí me tocó a casa de un señor llamado Juan Campos Gutiérrez, corredor de carbones vegetales, que tenía tres hijas mozas que me pidieron les copiara el himno de Castilla y el de la Academia, cosa que así les hice (están al final de mis memoria). La del servicio doméstico también era moza y se llamaba Juana. De San Vicente fuimos al cortijo de la finca "Medios Millares", que por bajo del cortijo había una huerta con unas naranjas muy dulces; allí estuvimos unos días, y el treintaiuno de enero nos llevaron a la Roca de la Sierra; allí nos juntamos todo el Batallón, o sea, las cuatro Compañías fusileras y la de ametralladoras, y de allí nos llevaron a Montijo, donde cogimos el tren para ir a la toma de Málaga. Nos desembarcaron en Antequera y de allí a Archidona. De Archidona fuimos a tomar un pueblo llamado Río Gordo, que antes de llegar nosotros hicieron frente con varias ametralladoras y por haber unos llanos muy grandes, mandó el Mando que fuésemos a pernoctar a una sierra que había próxima, que esto fue el ocho de febrero y domingo de carnaval; esto lo hizo con el fin de, al otro día, mirar el medio de tomar las posiciones, pero antes de salir operando venían dos señores hacia nosotros que al llegar se presentaron al Comandante, y eran el médico y el boticario del pueblo que iban a decirnos que podíamos entrar en el pueblo, que los rojos lo habían abandonado, que podíamos entrar tranquilos, y, en efecto, fue así, porque entramos sin pegar un tiro.

Allí estuvimos dos o tres días y de allí nos fuimos a Casabermeja, luego a una venta que estaba derrotada en la carretera que iba a Málaga, llamada Ventagarbey, y después de dos o tres días fuimos a Málaga al cuartel de Capuchinos. Al tomarse Málaga, acordó el Mando dedicarle un Regimiento con el nombre de Oviedo por haber sufrido bastante dicha capital, así que de los cuatro batallones que habíamos participado en la toma de Málaga, lo sortearon y le tocó al mío, o sea, al Séptimo de Castilla, ser el primero del Regimiento Oviedo número ocho y pasamos al Mando del Coronel que hacía de General Don Manuel Batureno Colombo, y a pertenecer a la Ciento doce División. Los días que estuvimos en Málaga fueron para darnos un poco de descanso, pero a los seis o siete días pidieron refuerzos para el frente de Granada y nuestro Comandante salió voluntario por un ser frente muy tranquilo; en verdad que en los días que estuvimos allá nunca tiraron un tiro. Después fuimos otra vez a Málaga y el veintiuno de abril fuimos al frente de Córdoba. Nos apearon en la estación de Cámaras Altas (Peñarroya), para tomar unas posiciones que había cogido el enemigo; este frente era muy peligroso por tener muy próximos nosotros al enemigo. Estando en este frente fui un día a hablar con los rojos al medio de las dos líneas. Les dije que trajeran papel que yo les llevaba tabaco, pues en nuestra zona el papel se escaseaba. Después, nos llevaron otra vez a Málaga para descansar y reponer el Batallón; de allí fuimos a

hacer una fortificación por el frente de Granada por Motril. Después de hecha esa pequeña operación, nos quedaron en Motril unos días a descansar; estando en él se tomó Bilbao. De Motril nos fuimos a un pueblo llamado Beles de Naudalla; de ahí fuimos a unas posiciones muy próximas al pueblo y lejos del frente; la familia de la posición donde estábamos, y otra familia que por bajo de la posición estaban en una huerta, tanto unas como otras, conmigo se portaron muy bien; recuerdo que luna era Carmen Rivas Rodríguez y otra Carmen Rivas Domínguez; con estas dos jóvenes cogí tal confianza que parece que era de familia de ellas; la de al huerta me lavaba la ropa y me trataban como de familia; por eso hoy y entonces estoy agradecido de ellas. Después de estar allí unos días, pasamos a las Alpujarras y de allí al pueblo Soportuja, después a Bubión, pueblos todos muy pequeños; después otra vez al frente, también de Granada, pero por otro sector; en ese frente, una noche de luna clara nos enredamos a charlar ellos y yo y quedamos en juntarnos al otro día en el medio de las líneas para cambiar tabaco por papel, cosa que al otro día a eso de las once nos juntamos en el medio de las dos líneas que de allí vinieron dos y de aquí otros dos, de allí vino un comisario político y otro, y de aquí fui yo que era Comandante y otro; tanto esta vez como la otra hicimos las paces de no tiramos unos a otros hasta que no hubiera un ataque, cosa que tanto ellos como nosotros respetamos. De ahí nos llevaron a Málaga, después de unos días, otra vez al frente de Granada, a Bubieza, Capileira y Pampaneira para ir a Sierra Nevada. Estando yo de jefe de posición, un día me llamaron por teléfono y me dicen:

-- ¿Es usted Lobato?

- Sí, señor, ¿quién llama?

- El Mando, le llamo para decirle que, como usted estuvo en Tamburrero, se le ha concedido un mes de permiso, ¿contento, verdad?

- Pues sí.

- Dígame, Lobato, ¿a cuánto estamos hoy?

- A veintiocho de diciembre.

- ¿No sabe que hoy son Los Santos Inocentes?

- Pues esto ha sido una Inocentada, de permiso nada.

Esto lo hizo un Teniente de mi Compañía. No me dio una inocentada, sino que me quedó inocentado, ¡vaya desengaño!

Después de estar allí treinta o cuarenta días, nos llevaron a descansar a un pueblecito también de las Alpujarras, llamado Buibión, bastante pequeño y luego, otra vez al frente, pero por otro sector, donde fui a hablar con el enemigo entre las dos líneas; cambié tabaco por papel y aquella vez, igual que la anterior, hicimos el trato de no tirarnos unos a otros hasta que no hubiera un ataque, cosa que tanto ellos como nosotros siempre respetábamos y se nos dio el caso en ese sitio de que en medio de las líneas había una viña y nos juntamos varias veces cogiendo uvas, de los bandos.

Como esto lo estoy haciendo según me voy acordando, tengo que decir que antes de ir para la toma de Málaga, y estando en la finca de Medios Millares, me dijo el Capitán que como nos estábamos preparando para entrar en operaciones, me dijo que yo fuera practicando, yo le dije que ni sabía nada de eso ni me gustaba serlo; entonces nombró practicante a un tal de Alburquerque llamado Vicente Piron; al no querer ser yo practicante me dijo que tenía que ser camillero; yo tampoco quería, pero dijo que para eso tenían que ser dos que fueran fuertes, y me nombró a mí y a uno de Higuera de Vargas llamado José Santos Cavalgante. El veintiuno de abril del treinta y siete, cuando operamos en Peñarroya, cogimos a un Teniente con un tiro en una pierna, y tan harto quedé de camilla, que le dije al Capitán que nombrara a otro, y él dijo que ya lo haría; al ser camillero, era yo el último soldado de la Compañía; convencí al Capitán y nombró a otro; entonces yo pasé a ser el penúltimo, pues como la Compañía se componía de tres secciones que eran primera, segunda y tercera, como yo estaba en la tercera, por eso era el último de la Compañía y el último de mi escuadra; al dejar de ser camillero, pasé a ser uno más adelante, y así sucesivamente, siempre que había una baja en la escuadra se iba avanzando. Se me dio el caso que llegué a estar en cabeza de la Escuadra; la escuadra tenía cinco soldados y un Cabo; al pasar a ser el quinto faltó el cabo por caer herido; recuerdo que se llamaba Antonio Blanco Jardín, de Cáceres, al irse al hospital pasé yo al puesto de Cabo; estaba haciendo las veces del mismo y a menudo le decía al Capitán que mandara un Cabo a mi Escuadra; siempre me decía lo mismo: "Ya lo mandaré." Cosa que nunca hizo, y así me llevé once meses haciendo de Cabo sin serlo; pero un día, estando en el frente de Granada, me llamó el Capitán y me dijo:

- Desde hoy eres Cabo Festivo, así que ponte los galones.

Yo le dije que no quería ser nada, a lo que me contestó que quisiera o no, tenía que serlo por venir en la Orden del Cuartel General; le dije:

- No he querido ir a hacer los cursillos de Sargentos y ahora voy a ser Cabo.

Me dijo:

- Siempre no vas a ser soldado.

Yo no hice caso a ponerme los galones, y así me llevé unos días, pero un día me vio el Comandante y me dijo:

- Lobato, ¿a ti no te ha dicho el Capitán que eres Cabo?

- Sí, señor.

- Entonces, ¿por qué no tienes los galones?

Yo le dije:

- Una cosa voy a decirle
ahora que lo tengo delante.
¿Cómo me quiere hacer Cabo
siendo yo Comandante?

Se echó a reir y me dijo:

- Si eres Comandante o no lo eres, mañana te quiero ver con los galones puestos.

Y que quise, que no quise, me los tuve que poner; entonces pasé a ganar siete cincuenta al mes; eso mismo ganaban los Cabos antes de la guerra y se me dio el caso cuando terminó la guerra, que yo era el Cabo de más antigüedad en la Compañía y el soldado de más antigüedad en la misma.

Como del último pueblo de las Alpujarras que era Pampaneira, para subir a las posiciones de día echamos tres y cuatro horas que eran en Sierra Nevada; pues en un claro que había por bajo de Sierra Nevada hicieron unos barracones de mampostería para caso de ataque llegar más pronto a las posiciones; estábamos en dichos barracones cuando el veinticinco de enero del treinta y ocho por la noche, llegó un soldado y me dijo:

- Lobato, asómate a ver qué es eso que hay por la parte de los rojos.

Yo le pregunté:

- ¿Qué es lo que hay?

- No sé; es una cosa muy rara.

Entonces, yo me asomé y a la izquierda del pico Veleta y el Mulhacén había una cosa como si fueran llamas; estuve contemplando aquello y unas veces se ponía al rojo vivo y otras veces más apagado; viendo aquello tan raro, fui a decírselo a un Sargento llamado Pablo Adame, y me dijo que se lo dijera al Capitán, y estando hablando con él llamaron por teléfono y le dijeron que no se asustara que era la aurora boreal; yo le insistí que saliera a verlo, pero por estar acostado no quiso; entonces yo le dije que de aurora boreal nada:

- Eso es un fenómeno de la Naturaleza y presagia algo grave; ¿usted no sabe mi Capitán que "señales en el cielo, desgracias en la tierra"?, ¿usted no ha oído unos romances de la guerra de Cuba que decían de esta manera?

Puso en el cincuentaiocho nuestro Dios omnipotente
un cometa ensangrentado anochecer al poniente.
Con el color encendido los corazones asusta
se fue desapareciendo y en el África se oculta.
Luego en el cincuentainueve fueron nuestros desatinos
en donde fue declarada la intención del marroquino.

Creo que fue el general Prim el que le mandó a la Reina Isabel Segunda un mensaje donde le decía entre otras cosas:

Leyendo la reina el pliego después que la saludaba
se encontró de barbarismo una guerra declarada.
Le dice mi soberana aquí no tengo padrino
se ha puesto en contra nuestra todo un reino marroquino.

A lo que el Capitán me dijo:

- Tienes buena memoria, Lobato.

- Así que le repito, mi Capitán, que esto presagia desgracias personales.

Como efectivamente así sucedió, que luego vino la segunda guerra mundial que aún todos recordamos.

De allí nos llevaron a Málaga para reponer el Batallón. Después de unos días salimos para hacer la bolsa de Extremadura; empezamos el veinte de julio por Monterrubio de la Serena, Cabeza del Buey, Zarza Capilla, quedando una gran cantidad de terreno y de pueblos dentro de la bolsa, por cuyo motivo el enemigo perdió fuerza por cogerle bastantes prisioneros; además, cogimos los pueblos de Belmez, Balsequillo, El Porvenir, Los Blázquez, La Granjuela y Sierra Noria. Después de todas estas operaciones nos llevaron a descansar a un pueblo de la provincia de Sevilla

llamado puebla de Cazalla, pero a los pocos días, esperando que el enemigo diera un ataque por el Peñón de la Mata, sector de Granada, nos llevaron a un pueblo llamado Maracena, y nos alojaron en una fábrica de tabaco; estando allí y por primera vez, nos tocaron "generala"; nos habían dicho que en oyendo generala había que salir corriendo al sitio que nos dijeran; el día ese nos estábamos bañando en un estanque que había en una huerta a la salida del pueblo y estando en el agua al oír el toque salimos corriendo unos en pelote y otros a medio vestir para ir a la fábrica a por los fusiles y el correaje, porque teníamos que formar con armamento y correaje a la salida del pueblo, donde llegaría, no recuerdo bien si un Teniente Coronel o un Coronel, lo cierto es que cuando él llegó ya estábamos formados; nos pasó revista y nos felicitó por la prontitud con que lo habíamos hecho; nos mandó romper filas y otra vez nos fuimos a lo que teníamos por cuartel, lo cual que las mujeres al vernos correr nos preguntaban que qué pasaba, pero nosotros, en la carrera, no le dimos contestación a lo que al regresar ya tranquilos, nos volvieron a preguntar de nuevo:

- ¿Qué pasa?

- Nada, que han tocado generala.

- Y eso, ¿qué es?

- Nada, un toque de alarma.

- ¡Nosotras sí que nos hemos alarmado!

De allí nos llevaron a Belmez (Peñarroya), y estando ahí me dieron ocho días de permiso, como casi los ocho días los echaba en el camino, me dijo el Capitán que me tomara por mi cuenta tres o cuatro días; al llegar a Barcarrota presenté en el Cuartel de la Guardia Civil mi pasaporte, como mis padres estaban en la Grulla me fui para verlos, pero cuando regresé a Barcarrota había estado la Guardia Civil en mi casa y le dijeron a mi hermana que me tenía que presentar en el Cuartel lo antes posible; entonces fui al Cuartel y me dijo el Sargento que el permiso había cumplido y que al otro día me tenía que marchar, le dije lo que me había dicho el Capitán y me dijo que yo podía decir lo que mejor me pareciera, pero que de Barcarrota tenía que salir al día siguiente sin falta, pues si no os echáramos estaríais aquí el tiempo que os diera la gana, y eso no puede ser. Total, que al otro día que quise que no quise, tuve que marcharme. En Badajoz cogí el tren para Peñarroya donde había dejado el Batallón pero al llegar allí me encontré que el Batallón ya no estaba; había salido y nadie sabía para dónde; fui a Belmez y en la Comandancia Militar me dijeron que había salido pero que allí no habían quedado orden alguna, que me fuera a Cabra, un pueblo de Córdoba, que allí

estaba la representación y que allí me dirían dónde se encontraba. En efecto, me fui a Cabra y allí me dijeron que estaba en Granada; me fui a Granada y en la Comandancia me dijeron que estaba en un pueblo próximo llamado la Zubia, me fui allí y, en efecto, allí estaba, pero lo que pasa, los soldados, al llegar, todos eran a saludarme y preguntarme por la familia, y en ese momento tocó la corneta a rancho y el Alférez de semana ordenó como de costumbre que para coger el rancho fuera formando la Compañía; yo, como no me dejaban de saludar unos y otros, cuando llegué, casi estaba formada la Compañía y al verme el Alférez me dijo:

- ¿Usted no ha oído la corneta?

- Sí, señor. (Le contesté)

- Entonces, ¿cómo no ha venido antes?

- Pues, mire usted: como acabo de llegar ahora mismo me estaban saludando los soldados y ése ha sido el motivo de llegar algo tarde.

- Está bien; pero queda usted arrestado.

Entonces, yo dije:

Llego ahora de permiso
y por saludarme los soldados
el alférez de semana
ahora mismo me ha arrestado.

Y al otro día tuve por arresto servicio de Cuartel. En ese pueblo pasamos las Pascuas de Navidades y Año Nuevo, pero el día seis de enero (ya en el treinta y nueve), estando en misa nos dijo el Capitán que recogiéramos la ropa que tuviéramos dada para lavarla porque salíamos de un momento a otro; la señora que a mí me la lavaba por habérsela dado por la mañana, ni siquiera la había lavado; la recogí y marchando al Cuartel. Nos dieron el rancho y después a Granada (capital) para coger el tren en la estación estuvieron mucho tiempo hsta que ya oscurecidos nos metieron en un tren dede ganado, en unos vagones de vacas, que entre mierda y oscuro, íbamos como enterrados en vida. Al otro día llegamos a Peñarroya; allí nos alojaron en una casas deshabitadas; al otro día pudimos ver cómo estaba todo de derrotado; el enemigo había atacado y había roto el frente y nosotros fuimos para quitarles lo que ellos habían cogido; cosa que no nos costó mucho trabajo; entramos por Fuente Obejuna y, a medida que nosotros íbamos avanzando, ellos iban retrocediendo para llegar a las posiciones que habían dejado anteriormente. Así estuvimos varios días hasta que quedó todo normalizado. El día veinte de marzo, por Cerro Muriano, atravesamos el fren-

te con dirección a Pozoblanco y a las cuatro de la tarde estábamos muy próximos a él, y a eso de las cinco o las seis entramos en el pueblo; mi capitán, Don Juan Salón Sánchez, que era del cuerpo de Carabineros, y a falta de militares estaban ejerciendo ellos, al entrar en el pueblo, me dijo el Capitán:

- Ponte al lado mío que vamos a ser los primeros que vamos a entrar en Pozoblanco.

Yo para él era de confianza, a pesar de que con todos me llevaba igual; al entrar en el pueblo pasamos por una fábrica de tejidos que estaba a las afueras del mismo; al pasar por ésta y por estar la puerta abierta, tanto el Capitán como yo miramos para adentro, pero no nos dijimos nada; al llegar a la primera calle, él cogió una acera y yo otra y fuimos los dos primeros en entrar en el pueblo; al llegar a la plaza, en cuanto nos vieron desde la torre de una iglesia que había en la misma, dieron en tocar las campanas y la gente decía:

- ¡Ya están aquí los de Franco!

En ese momento se dieron en presentar a nosotros, hombres sin armamento y estando el Capitán y yo hablando con ellos no dejaban de presentarse y habría un grupo de unos veinte o treinta cuando el Capitán me dijo:

- Coge a tu escuadra y llévate a todos éstos a la fábrica de tejidos por donde ahora hemos pasado.

Yo, viendo que el número era mayor a mi escuadra, le dije al Capitán:

- ¿Sólo a mi escuadra?

Y dijo él:

- Pues llévate al pelotón.

El pelotón tenía un Sargento y dos Cabos, pero el Sargento y los Cabos siguieron con la Compañía; lo cierto que cuando llegamos a la fábrica irían ya de cuarenta a cincuenta; yo puse un centinela en la puerta para que no saliera ninguno y me fui a una habitación que estaba enfrente de la puerta y que era la oficina de la fábrica; allí monté mi puesto de mando; no sé cómo el mando se haría del teléfono que a cada momento me estaban llamando; la pregunta siempre era igual:

- ¿Es la fábrica de tejidos?

- Sí, señor.

- Pues ahí le mando tantos.

Al poco rato, la misma pregunta y respondiéndome "ahí van tantos".

Recuerdo perfectamente que por parte de madrugada me llamaron y me dijeron:

- Ahí llega una Compañía completa.

Y me preguntaron además:

- ¿Sobre cuántos habrá?

- De mil a mil quinientos.

Y así toda la noche sin dejar de llegar; pero éstos ya venían con armamento y correaje; el armamento y el correaje lo echaba yo en un rincón en la misma habitación donde tenía la oficina; por cierto, que hice un montón de fusiles y de correaje imponente. Al otro día, a eso de las doce de la mañana, llamaron por teléfono y me preguntaron:

- ¿Cómo va eso, Lobato?

Yo le dije:

- Y usted, ¿por qué me conoce?

Y me dijo:

- Soy el Teniente Fulano (yo, en este momento no recuerdo cómo se llamaba, pero sí sé que era maestro nacional y que era de Granada); estoy en el Ayuntamiento haciendo de lo que salga.

Le dije:

- ¿También de alcalde?

Y él dijo:

- En lo que se tercie.

Le pregunté:

- ¿El Batallón dónde está?

- Pues no tengo ni idea

Le pregunte:

-¿Y de comida?

- De comida ni hablar, yo estoy igual que vosotros.

El otro día me dijo un soldado que iba a salir por el pueblo por ver si encontraba algo para comer; le dije: "si encuentras algo, trae también algo para mí"; pero el pobre llegó desesperado por no encontrar nada; lo único que he visto es una vaquería que está muy cerca de aquí; si el hombre nos da leche y si no, no tenemos otra solución.

Fui a ver al señor de las vacas y me dijo que toda la leche que necesitáramos nos la daba de gratis a todo el pelotón, que como estábamos tan cerca que fuéramos cuando quisiéramos a beberla; gracias a él fue lo que nos valió.

También tengo que hacer mención que, como mi familia y mi novia estaban en la Grulla, sabía a menudo unas veces de mi familia y otras veces de ella; en una de las cartas de mi familia me decían que a fines de febrero o primeros de marzo se había marchado a Portugal, pero sin saber a qué ni cómo. Por cierto, que no regresó a la Grulla hasta el mes de octubre; se me hizo lo más lógico decirle que se fuera donde había estado y rompimos las relaciones amorosas.

En el mes de Abril la madre le mandó recado diciéndole que yo no podría tardar mucho en regresar de la guerra por haber terminado, que como había terminado ésta lo razonable sería que regresara, aunque no era necesario pasarle aviso porque en Portugal por la radio y la prensa estaban al corriente de lo que pasaba en España, pero ella no vino, ni porque ya vine ni porque no vine, no regresó a la Grulla hasta finales del mes de Septiembre no agradándome ese procedimiento, tomé la solución que anteriormente he mencionado, además, en mis poesías tengo una relacionada con el caso.

Vamos de nuevo a Pozoblanco. Tengo que decir que los prisioneros que yo tenía en la fábrica se comieron toda la hierba que había alrededor de las paredes pues se llevaron varios días sin comer nada, como nosotros. A los cinco o seis días me llamó el oficial desde el ayuntamiento y me dijo: -ahora van unos guardias de asalto a recoger a los prisioneros que están en la fábrica, se los entregas y me esperas ahí que yo voy enseguida. Llegaron unos cuantos guardias de asalto para recogerles y me preguntaron: ¿cuántos hay?; -de cierto no lo sé pero de dos mil a tres mil; -pues dígale que vayan saliendo; los formaron y se los llevaron no sé donde.

Al poco llegó el Teniente y me dijo que nos íbamos, y sin yo entregarle a nadie nada de lo que había recogido me dijo: -nos vamos pero miremos cómo; tenemos que esperar que pase algún camión y que nos monte. Estábamos en la carretera esperando cuando pasó uno y nos llevó hasta Villanueva de Córdoba y allí nos dejó, por tener que ir para otra parte, estando esperando que pasara otro camión, uno de los del pelotón me dijo: -hay ahí una Compañía de soldados que van a coger rancho; vamos a acercarnos

a ver si cogemos algo; fuimos para allá y al a llegar vi a uno de Barcarrota y conocido desde chico, llamado Félix Pinilla, que lo conocía porque su padre había estado de pastor en la cerca Mariquita cuando yo estuve allí, le dije lo que me pasaba y me dijo, ponte aquí y si no coges nada comes conmigo; pero al llegar a la caldera a coger la comida el Teniente que estaba vigilando el rancho me dijo: -usted salga de la fila y póngase aquí junto a mi; al terminar la Compañía de coger el rancho me pregunto que hacía allí y como había llegado, al explicarle todo me dijo: -¿dónde está el Teniente?; -en la plaza (le contesté); -pues dígale que venga él y todo el pelotón, mientras yo fui a llamarle él le dijo a los rancheros que fuesen friendo huevos por que íbamos a comer, por cierto que me dijo el Teniente: -"te metes por el ondón de una aguja, terminamos de comer y otra vez a esperar un camión que pasara para seguir adelante, al poco rato pasó uno y nos llevó hasta Úbeda y por último fuimos hasta Linares donde cogimos el Batallón, pero al día siguiente salimos y llegamos a Villanueva del Arzobispo próximo a la Sierra de Cazorla, allí lo que teníamos por cuartel era la iglesia, yo en mi escuadra tenía un muchacho de la quinta del cuarentaiuno llamado José Rodríguez Lara y era músico; como sabía tocar, le habían hecho corneta y nos acostábamos juntos; estando acostados, la noche del día uno empezó el Teniente ayudante desde la puerta de la iglesia a llamar ¡corneta!, ¡corneta!; entonces le contesté y le dije:

- Levántate y toca retreta floreada que se ha terminado la guerra.

Al día siguiente estuvimos paseando por el pueblo y por la noche a eso de las nueve que era cuando daba el parte todas las noches; al terminar el parte, decía así: « De orden de su Excelencia el General Jefe de Estado Mayor, Francisco Martín Moreno...»; pero esa noche, la noche del día uno , el parte dijo así: «Españoles, en el día de hoy, el enemigo cautivo y desarmado, nuestras tropas han conseguido los últimos objetivos militares; la guerra en España ha terminado. Francisco Franco».

Allí estuvimos varios días que, por cierto, teníamos que ir los soldados a guardar los habales, porque el personal del pueblo se había comido las hierbas que se conocían como comestibles, tal como cerraja, lechuguinos y ya iban con una cesta y unas tijeras y le cortaban a las matas de las habas los cogollos de arriba, pero como estaban en flor y es de donde sale el fruto, con tal que no la cortaran muy abajo para que diera fruto, teníamos que ir vigilando a mujeres y niños que abundaban por los campos cogiendo aquello para comer, y esto sólo cocido con agua.

Estando nosotros allí, a los cuatro días llegó Auxilio Social con algo de comestibles, les dieron un pan y les dijeron que eran para ocho días, pero un pan por familia; no sé si así sería porque nosotros, antes de los ocho días nos llevaron de allí a la Línea

de la Concepción, para hacer guardia por las costas del Mediterráneo, cosa que hicimos pocos días.

Allí estábamos ya tranquilos, no se oían tiros ni cañonazos, ni incluso se oían esas canciones de guerra como días atrás habíamos oído y cantado nosotros mismos; allí todo era diferente. Estábamos en un edificio que en la planta baja tenía habitaciones, y en los altos unos salones donde estábamos alojados. Una tarde, estando en la teórica, se acercó a mí el Teniente que se había quedado en Pozoblanco y me dijo:

- El Comandante ha organizado un ciclo de conferencias para darlas jueves y domingos, y me he acordado de ti por si tú quieres dar una.

A lo que yo le contesté:

- En vez de darla yo que soy medio analfabeto, puede darla usted que es maestro nacional. ¿Usted por qué no la da?

Me dijo: «Si yo fuera civil, la daría; en lo militar no me atrevo; y a ti te considero apto para darla». Reflexioné un poco y le dije:

- La daré.

- ¿Qué título le vas a poner?

- «El por qué hemos luchado los españoles».

Salió y se lo dijo al Comandante, y el Comandante le dijo:

- ¿Será Lobato capaz de desarrollar el tema del título?

Y el Teniente le contestó:

-Eso Lobato lo sabrá.

A los dos o tres días de esto nos llevaron a unos kilómetros a las afueras del pueblo para vigilar la costa; un día que nos llevaron al suministro les dijo el Cabo de cocina a mi Capitán que le diera la conferencia para dársela al Comandante que el jueves tenía que hablar; me llamó el Capitán y me la pidió; yo le dije que no la tenía escrita ni había empezado a escribirla, que en ese caso hablaría otro día; me dijo:

- Pero, hombre, ¿cuándo la vas a hacer?

Le dije:

- Ahora me pongo a hacerla.

Me eché el macuto a cuesta donde tenía tintero, pluma y papel y me alejé de los soldados una buena distancia para que no interrumpieran y, al rato, le dije al Capitán, que era Don Juan Salón: «Ya está, mi Capitán». Y me dijo: «Quédate con ella y mañana, cuando venga el suministro, que se la lleve y se la dé al Comandante». Y al día siguiente se la llevé al Cabo de cocina para dársela al Comandante, y éste, a la vez, se la dio al auxiliar de Compañía para que la pasara a máquina; éste era maestro nacional, llamado Eduardo Cuenca Ruiz, de Málaga; a los pocos días nos llevaron al pueblo y al llegar al Cuartel me la dio el tal Eduardo y me dijo anticipadamente: «Te doy la enhorabuena; ¡vaya conferencia!; hará el número uno; de todo tu escrito sólo he rectificado dos palabras.» «¿Tú crees, Eduardo, que yo quedaré bien?» «Porque lo creo, te doy la enhorabuena».

Al día siguiente me llamó el Comandante y me dijo:

-No creí que fueras capaz de desarrollar el tema y como he visto que está bien he invitado al Teniente Coronel para que venga a oirte; es más, voy a mandarla al Cuartel General a Málaga para que la archiven.

- A sus órdenes, y muchas gracias.

Por último, llegó el día de mi intervención; estábamos haciendo instrucción en un patio que había dentro de los que teníamos por cuartel que a lo mejor estábamos esperando que llegara el Teniente Coronel, cuando nos avisaron que pasáramos al patio principal; entonces mi Capitán me dijo:

- Ve al dormitorio y dejas el fusil y el correaje.

Cuando pasé por el patio quedé sorprendido cuando vi una gran mesa con un mantel blanco, una jarra de cristal con agua y un vaso para beber; entonces yo dije en mis adentros: «Mucho lujo es esto para ti, Lobato».

Formó el Batallón en el patio, mandó firme el Comandante, les dio la novedad al Teniente Coronel y mí me dijo que empezara. Al principio me encontraba algo nervioso, pero a medida que iba hablando me iba poniendo más tranquilo y terminé como yo no lo esperaba; mis últimas palabras fueron éstas:

-...por esto, exactamente por esto hemos luchado los españoles: por la patria, el pan y la justicia. ¡Arriba España!

Entonces, los soldados, sin recibir órdenes, se apoyaron el fusil en la barriga y todos parece que se habían puesto de acuerdo; rompieron en dar palmas, que se formó

un gran estruendo. El primero en darme la enhorabuena fue el Teniente Coronel, después el Comandante, luego los Capitanes y así todos en general, hasta el último soldado; entonces se acercó a mí Eduardo Cuenca y me dijo:

- ¿Ves como era de verdad lo que yo te dije?

El Teniente Coronel me preguntó que de qué quinta era; al decirle que era del treinta y tres, me dijo:

- Pues te iba a dar permiso, pero como te quedan pocos días para licenciarte, por ese motivo no te lo doy.

Me dio cinco duros y me dijo:

- Eso para que te convides.

El Comandante me dijo:

- Desde hoy, no teniendo servicio, sales y entras en el Cuartel cuando tú quieras.

El Capitán de mi Compañía me felicitó, me convidó y me dijo:

- Te has portado como un gran orador.

A los dos o tres días de haber dado la conferencia, me llamó el Capitán a su despacho, junto con su hermano, que había venido de Algeciras donde estaba haciendo de Comandante en un Batallón que allí estaba destinado; me dijeron que me llamaban para que les dijera qué cuerpo me gustaba más, si el de Carabinero o el de Guardia Civil, que me iban a hacer la solicitud para ingresar y que yo, de los dos, eligiera el que más me gustara; yo les dije que le agradecía mucho todo eso, pero que no me iba a ninguno; pensaba de irme al campo; a lo que los dos me dijeron que era una gran torpeza que cometía si no aceptaba sus proposiciones; pero yo siempre les dije que no; ellos tanto uno como el otro insistieron mucho y viendo que yo no aceptaba, me dijeron:

- Pues lo hacemos por tu bien, porque guarros has guardado ya muchos años.

En La Línea estábamos bien; sólo hacíamos guardia en el Cuartel y vigilancia por las calles; lo propio de los soldados en tiempos de paz. Allí nos dieron ropa y nos llevaban a ducharnos a un Cuartel de soldados que había en La Línea, y así nos pudimos deshacer de tantos piojos como habíamos tenido durante la campaña.

El veintiséis de mayo, hicimos el desfile de la victoria; desfilamos ante la Cruz de los Caídos y el que presidió el desfile, que creo que fue un Teniente Coronel, leyó el último parte de guerra y, al final, en alta voz, dijo:

- ¡Caídos por Dios y por España!

Y nosotros contestamos:

- ¡Presentes!

A continuación, dio las voces de ritual que eran: ¡España!, nosotros contestamos: ¡Una!; - ¡España!;- ¡Grande!; - ¡España!; - ¡Libre!; y todos nosotros dijimos: ¡ARRIBA ESPAÑA!

Desfilamos y formados nos fuimos al Cuartel donde rompimos filas y nos dieron el rancho; por la tarde nos dieron paseo más temprano de lo normal. Por las tardes, cuando tocaban marcha, que salíamos de paseo; la mayoría de los días nos íbamos a la aduana para ver al personal que pasaba por la mañana a trabajar y por la tarde regresaban con medio pan bajo el brazo y las mujeres, no sé si por la mañana al pasar, llevarían puestas medias, pero por la tarde, al regresar, parecían sus piernas una fábrica de hilaturas, pues traían en cada pierna unos cuantos de pares que al pasar la Aduana nos las vendían a los soldados a dos o tres pesetas el par porque aquí no las había.

Además, allí estábamos bien, porque un litro de vino nos costaba dos reales y en los bares las raciones de boquerones fritos nos costaban otros dos reales, y eran pescados del día; así que con una peseta comíamos y bebíamos unas cuantas de personas; ¡lo que varían los tiempos! Hoy, aunque han pasado los años, como estoy recordando mi memoria, también quiero tener un recuerdo para aquéllos que conmigo pasaron fatigas, fríos y calores, y muchas veces, ratos muy desagradables, como los pasamos todos y que son propios de una guerra. No los voy a nombrar a todos porque entonces sería una lista interminable, pero para todos, en general , un cordial saludo.

Aunque con todos me llevaba bastante bien pero voy a mencionar a los que con ellos, unos por dormir juntos conmigo, otros por las buenas amistades que teníamos, tal como ese Antonio Morales Vázquez, que desde que se incorporó e ingresó en mi escuadra, siempre dormíamos y comíamos juntos y yo era el que le escribía a su familia; y que siempre me llamó «Lobatito», y nosotros a él en la Compañía, por tener una voz muy laina, todos le llamábamos «Marchenita», y que en la rectificación que hicimos en Calahonda (Motril) cayó herido con tres tiros y cuando le dieron el alta del hospital, le dieron un mes de permiso; y por estar nosotros en Puebla de Cazalla, provincia de Sevilla, un día que yo estaba de guardia me dijo uno que venía de la estación:

- Ahora mismo he visto a Marchenita que va con un mes de permiso.

Al otro día, cuando salí de guardia, le pedí permiso al Capitán para ir a verlo y en cuanto llegué a la carretera, pasó un camión y me llevó a Marchena, de donde era él; en cuanto llamé a la puerta, recuerdo que dijo: ¡Lobatito!; la madre y hermanas me recibieron muy amablemente; el padre no lo hizo por estar en el campo trabajando; campo que, por cierto, era de su propiedad.

Por la tarde, salimos a dar un paseo su hermana Pura, una vecina llamada María José, él y yo; después de ver varias casas de su propiedad en el pueblo fuimos donde estaba su padre trabajando; después de ver el cortijo y las máquinas agrícolas, nos decidimos regresar al pueblo, pero antes nos dijo el padre:

- Coged un gallo de los mejores para merendar mañana una vez que ha venido Lobato y estamos juntos.

Y así lo hicimos. No puedo pasar por alto mi más sincero agradecimiento a todos ellos y, en especial, a su hermana Pura que me iba enseñando lo mejor y más bonito del pueblo y, al mismo tiempo, explicándomelo todo. También, mis más sinceros recuerdos para Juan Moya, Prudencia Bozas Castillo; Miguel Ubago Ruiz, Rafael Matamoros Márquez, Antonio Garrancho Cabalgante, Antonio Murillo Delgado, José Romero Vizuete y otros tantos más. Pero tengo un especial recuerdo para Santiago Martín Sánchez, que vivía en C/ Cristo, 53, en Granja de Torrehermosa, que de profesión era pastor y decía que él y yo éramos hijos del cuerpo; cuántas veces, cuando estábamos en algún pueblo y él decía eso, nos preguntaban las mujeres, ¿cómo siendo hijos del cuerpo no son nada de clase?, a lo que contestaba: no hemos querido ser nada. Yo, que iba escribiendo un diario, o sea, las efemérides de la guerra, cuántas veces me dije: «El día que sea viejo y esté en un rincón de la cocina a la lumbre dirán tus nietos:vamos a ver lo que por estos días le pasó a abuelo. Otros dirán: ¡Bah! Eso son chocherías de viejo; y tú dirás: Sean chocherías o no sean, todo eso son pura realidad, y me pasó tal y como lo cuento». (Efemérides que, por cierto, me han desaparecido).

Por último, en vez de un recuerdo tengo una oración para la que desde el año treintaisiete o treintaiocho fue madrina de guerra mía que, por cierto, tardaré en olvidarla, llamada María Gómez Moya de Coin (Málaga) que, por su buen comportamiento y por lo bien que nos entendíamos por carta nos estuvimos escribiendo con ella hasta el año cuarentaicinco en que su familia me mandó a decir que había fallecido; hoy digo:

Aunque no vives, María,
yo te tengo en mi memoria
por eso le pido a Dios
que te tenga en su gloria.

El día veintitrés de junio, como nos licenciaron a los de la quinta del treinta y tres, después de darnos la comida teníamos que salir para coger el tren en San Roque; como estaba allí el Comandante para despedirnos, le dije si me daba permiso para despedirme del Batallón a lo que accedió muy gustoso; le dijo al corneta: "Toca llamada". Y, una vez junto al Batallón, yo le dije:"Esto es para despedirme de vosotros". Llamé a un soldado, a un Sargento y a un oficial y, después de unas breves palabras, les dije:

El abrazo que les doy a cada uno de los que sirvan, para todos en general.

Y dándoles un abrazo a cada uno de ellos, les dije con mi más profundo cariño para todos los que hemos luchado padecido por conseguir la victoria:

- Pero que esto, jamás vuelva a producirse.

El Batallón rompió filas y los licenciados nos montamos en un camión y nos llevó el Capitán Don Antonio Merino Cabezas a San Roque; cuando cogimos el tren, se despidió de nosotros; él se marchó para La Línea y nosotros, cada uno a su destino. El día veinticuatro, a eso de las once de la mañana, llegué a Badajoz y, por la tarde, en la Estellesa, llegaba a Barcarrota. Así pasó todo. Atrás, no sólo quedaban tres años de guerra que daban tantas y tantas cosas. Quedaban los recuerdos y las amistades y el cariño que habíamos contraído unos con otros, gallegos, castellanos, andaluces y extremeños; pero no sólo quedaba eso, quedaban pueblos destruidos, casas derrotadas y miles y miles de olivos cortados; unos para poner alambradas y otros para calentarnos nosotros cuando teníamos ocasión de ello; que no siempre se podía hacer. Pero todavía quedaban otras cosas que eran peores; quedaban campos sembrados de cadáveres, quedaban niños sin padres, quedaban mujeres sin maridos, quedaban hombres mutilados y quedó, por último, un millón de muertos en los campos de batalla; todo esto es lo que trae una guerra.

Al llegar a Barcarrota me dijeron en el Ayuntamiento que, por una orden que había, todos los excombatientes tenían que coger el puesto que habían dejado al ingresar, que habían llamado a los patronos para que firmaran el reingreso de los excombatientes. El día veinticinco estuve en Barcarrota, el veintiséis me fui a la Grulla para ver a mi familia y a todo el personal que había en la misma. El veintiocho me vine a Barcarrota para pasar el día de San Pedro, pero el treinta regresé.

El día primero, el señor Vaquerizo hizo una caldereta en mi honor por haber regresado sano y salvo, a cuya caldereta fueron invitados todos los ganaderos que había en la misma. El día dos salía con el ganado para ir de agostadero a un lote llamado Los Gamonales, en Santa Marta, que había comprado el señor Vaquerizo para los aprovechamientos de verano. Estando en dicho agostadero vi a uno que había estado conmigo durante la campaña y estaba trabajando en la era con los dueños del lote, y un día, en conversación que tuvimos, me dijo que a mí me darían de subsidio seis pesetas como le daban a él y a todos los de Santa Marta; yo le dije que como estaba acomodado, no me daban nada, y dijo que trabajando estaba él y se las daban, que me enterase, que vería cómo se las dan a todos.

El día de Santiago, por venir a Barcarrota de quincena, me fui a enterarme al Ayuntamiento y un funcionario del mismo, al preguntarle, me dijo:

- ¿Tú no te has ido dónde estabas?

- Sí.

- Entonces, ¿qué quieres?, ¿ganar dos jornales? De esa forma yo también me hubiese ido a la guerra.

Yo le dije:

- ¿Por qué no te fuiste? El camino estaba abierto.

Tan mal le sentó aquello que se levantó con mucho genio, me dio un empujón, me echó de la sala y dándole un porrazo a la puerta, la cerró. Yo, escaleras abajo del Ayuntamiento, dije para mí: "¡Vaya furia que tienen los funcionarios hoy en día!". Esto me lo hizo Juan Antonio Guerra, siendo un empleado de oficina; después me enteré que a los que estaban parados les daban seis pesetas que era el jornal de entonces; pero tenían que pasar revista dos veces al día; yo, como no estaba en el pueblo, no sé el tiempo que duraría aquello

Al terminar el agostadero, regresé con el ganado a la Grulla, y a finales del treintainueve fue un municipal de Alconchel y a todos: niños, hombres y mujeres nos cogió nombres y apellidos y nos dijo que era para hacer el censo, ¡no fue malo el censo!; fue para darnos una cartilla llamada de racionamiento; este racionamiento empezó a primeros del año cuarentaidos duró desgraciadamente hasta el año cincuentaiuno que todo quedó libre hasta la fecha. El racionamiento consistía en unos cien gramos de pan por persona, unos cincuenta gramos de garbanzos, veinticinco o treinta gramos de arroz y, de aceite, medio litro por familia, y todo así parecido; esto

dio lugar a que muchas personas, por falta de vitaminas se hincharan y muchas se murieran, pues los agricultores entregaron el trigo en sindicato porque así lo ordenó la comisaría de abastecimiento y transporte, y alguno que se quedó con algún poquillo escondido lo vendía a precio de oro, y en un molinillo de los del café lo molíamos y hacíamos sopa, aunque sólo fueran cocidas con agua: a ese año se le llamó «el año del hambre»: hoy, los mayores, bien lo recordamos porque todos lo padecimos; éstos fueron los resultados de la guerra.

El día quince de febrero del año cuarentaiuno, por estar muriéndose los cerdos en la Grulla, fui a Cheles a por el veterinario de Alconchel, Don Anacleto Carmona Laso (Q. E. D.), que por no haber carretera de Cheles a Alconchel no podía ir el coche a la Grulla; a pesar de que el cortijo está en el mismo camino; pero al llegar a Cheles, me dijo uno :

- Don Anacleto dice que lo espere que él viene enseguida; ha ido a la finca El Novillero y dijo que no tardaba.

Yo metí las bestias en la posada y me fui a la plaza a esperarlo, pero se dio en levantar un viento que, a medida que iba avanzando el día, el viento se hacía más fuerte, hasta el extremo de que ya no andaba nadie por las calles; por estar Cheles en un bajo, parecía que el viento no era muy fuerte, y a las dos de la tarde me decidí marchar sin el veterinario, porque yo estaba intranquilo por mi familia, porque estaba en un chozo, cosa que no pude hacer porque al salir de Cheles, el viento se llevaba las bestias y a mí y entonces vi a unos doscientos metros de Cheles olivos arrancados y otros rotos, por la tarde llegó el veterinario y me dijo que él se iba a Alconchel si podía llegar, y que yo me quedara en Cheles porque no llegaba a la Grulla, pero a eso de las seis de la tarde aflojó algo y salí, y entonces sí pude llegar, y fue cuando vi el destrozo que había hecho: olivos rotos y arrancados de raíz, y las encinas arrancadas igualmente y llevadas a varios metros de distancia arrastrando y haciendo las raíces un surco en la tierra mayor que el de una vertedera; al otro día y días sucesivos, se contaron las encinas tiradas en la finca y dieron un total de mil trescientas, pero, afortunadamente, no hubo que lamentar desgracias personales.

El año cuarentaiuno, por haberse muerto los cerdos que yo ganaba de escusas y ganar sólo veinte pesetas mensuales, por el mes de abril o mayo, le pedí más sueldo al señor Vaquerizo y me dijo que a él también se le habían muerto y que no podía dar más; entonces le dije: «Pues yo no sigo». Y así lo hice; el veintiocho de septiembre, víspera de San Miguel, me vine a Barcarrota.

El día dos de octubre, me habló Manuel Guerra (apodado «Coguta») para irme con un señor de Ledrada, Salamanca, llamado Cecilio Mata, que tenía infinidad de montaneras compradas en la provincia de Badajoz y cuyo administrador era un señor llamado Joaquín Injelmo Grego, también de Ledrada pero residente en Badajoz. El día seis de octubre me fui a Badajoz para entregarme en una piara de cerdos para llevarlos a los aprovechamientos de bellota, y el señor Injelmo me dijo en Badajoz que sólo me necesitaba durante la montanera, y que el jornal era de nueve pesetas diarias, que ya eso me lo había dicho el señor Guerra; al otro día salía del cebadero de Don Manuel López Lago, sito en malos caminos, y que el señor Injelmo se lo tenía arrendado a dicho señor; salía, como digo, con una piara de cerdos para la finca «El Rocín», término de Alconchel, propiedad de Don Joaquín Obando Mendoza, natural de Barcarrota, y en ella estuve hasta el día trece de febrero que regresé con el ganado al cebadero. Allí estuve hasta el veintidós de junio que me fui de agostadero a la finca «Aldea del Conde», Término de Talavera la Real y en ella estuve hasta el veintitrés de agosto, mes en el que fui con el ganado a la finca «Dehesa del Campo», término de Almendral, para aprovechar la montanera.

En dicha finca me puso de encargado el señor Injelmo, yo le dije varias veces que no quería lidiar con personal, y que además no lo había hecho nunca y no podría salir la cosa bien, pero que quise, que no quise, tuve que acceder a ello y, afortunadamente, todo salió de maravilla.

La montanera del año cuarentaitrés la hice en la finca «La Jineta», término de Valverde de Leganés, y propiedad de Don Joaquín Obando, y el verano del año cuarentaicuatro lo hice donde hoy está el Cuartel de Sancha Brava, en el lote llamado «Cuarto del Obligado»; todo este tiempo, con el señor Injelmo y sin perder ni un solo día; en resumen, que me traté por tres meses y me quedé por tres años; varias veces no tenía ganado y, aunque no estaba haciendo nada, seguía ganando jornal igual que si estuviera con el ganado.

Estando en el lote del Cuarto del Obligado, el día seis de julio del año cuarentaicuatro llegó un empleado de Don Joaquín Obando y me dijo que me fuera con él a La Jineta, que el señor Obando quería hablar conmigo; y le dije que no podía hacerlo porque el señor Injelmo estaba en Madrid y por no saber cuándo regresaría no podía irme con él; yo le dije:

- Tú le dices a Don Joaquín que yo iré cuando pueda y quede todo por aquí ordenado.

El día ocho me fui a la finca La Jineta, y el señor Obando me dijo que me llamaba para que me fuera de Guarda Jurado a las fincas de sus propiedades en el término de Alconchel, «Carcho», «Rocín» y «Pez»; yo no quería, pues tenía que guardar la casa y, además, intervenir en cortadores y demás empleados que hubiera en la finca, pero después de una larga conversación, nos pusimos en trato y, por último, quedé con él en que me iba.

El día dieciocho de julio pisaba por primera vez la Casa del Pez, en la que estuve diecinueve años, hasta el año sesentaitres que me marché por orden del jefe al cortijo del Rocín.

El año cuarentaidos, estando en Badajoz, una tarde que iba por el paseo de S. Juan, me encontré con D. Antonio Merino Cabezas, que estaba en el Cuartel de Menacho; después de saludarle amablemente, me dijo que si algo necesitaba de él que fuera a su casa que vivía en la calle Montesinos, número once. El mismo año también, una tarde del mes de mayo, en el paseo de S. Juan, nos dimos de frente el que fuera Comandante cuando yo me licencié, D. Artillo González; ya en esas fechas Teniente Coronel; nos saludamos y estuvimos un rato de conversación y me dijo que no debí haberme venido a guardar guarros, cuando yo tenía una buena idea de lo que era la vida militar, y a estas fechas ya podía ser algo de clase; por último, me dijo:

- Si en algo puedo servirte, y tú me necesitas, con la máxima franqueza, puedes ir a verme; en el Cuartel de Menacho estoy a tu disposición. Le di las gracias; nos despedimos y por no seguir yo en Badajoz, no le he vuelto a ver.

El día diecisiete y diecinueve, ambos inclusive del mes de enero del cuarentaicinco cayó una nevada de tal forma, que creo que no lo hacía desde el día veintitrés de diciembre del año diecisiete, que estando en la finca Cabeza Rubia, recuerdo que ese día maté de un palo una liebre. Benigno Guerra, apodado Pellica, que estaba de compañero con mi padre y estaba en el mismo chozo con nosotros, liebre que la dejaron para la Nochebuena, que eso fue como el acertar un boleto de catorce, pues sólo se comía carne esa noche, que se mataba un gallo y hasta el año siguiente que se matara otro no se comía carne; hoy no es igual, más vale así.

El día ocho de diciembre del año cuarentaisiete, después de tres años de enamoramiento, contraía matrimonio con Isabel Hernández Méndez, natural de Barcarrota, y que por estar yo administrando la Montanera, tuve que irme a los dos días de casado a la Casa del Pez; así que mi mujer pisó la casa por primera vez el día once de diciembre; allí pasamos la llamada luna de miel; allí nacieron y crecieron los cinco hijos que

tengo. Ese año, por haber una buena montanera, se engordaron en la finca mil cincuentaicuatro cerdos; además, de trescientos de vida.

La montanera del año cuarentainueve la compró D. Emiliano García (Zapatones), que era de Salamanca. La del año cincuenta la compraron los taponeros de Zahínos, y en S. Miguel del cincuentaiuno, entraron de arrendatarios los hermanos Recio, de Villar del Rey, estuvieron en ella hasta el año setentaiséis que la compró D. Antonio Ballestero Doncel. El veinte de noviembre del sesentaidós, murió D. Joaquín Obando (Q. E. D.), y ya la cosa varió; casi siempre suele suceder lo mismo; porque hay un refrán que dice «No andando el eje, no anda la carreta»; yo, que estando allí era como soy hoy; si iba a Cheles a por comestibles me juntaba con chicos, grandes, pobres y ricos y cuando iba a Alconchel, hacía lo mismo; por eso había en la finca personas que le decía al jefe que ya era el hijo de D. Joaquín, que yo dejaba cazar a los cazadores, que igual que me juntaba con ellos porque con ellos me tomaba algunos vasos y ése era el motivo de tener tanta confianza y cuando yo iba a Cheles o a Alconchel y decían: «Ya está aquí el guarda del Rocín», yo les decía: «Aquí sólo soy Lobato; allí soy el guarda». Además, esas personas creo que se pensaban que iban a heredar aquellas propiedades. ¡Qué ignorancia! Así fue que en S. Miguel del año setentaiuno me dieron la cuenta. El once de octubre del mismo año, me fui también de guarda a la finca El Hierro, término de Alconchel, y que era propiedad de unos portugueses, que era Compañía Agrícola de Fernando Poo; en ella estuve hasta el año setentaicinco.

El año setentaiseis, al hacerse cargo de El Rocín D. Antonio Ballesteros, mis hijos, que estaban empleados con el arrendatario, al no emplearlos el señor Ballesteros, nos vinimos a Barcarrota; yo entonces conocía a poco personal, pues con cincuenta años fuera del pueblo, era lógico que conociera a pocas personas. El veinticuatro de septiembre del año ochentaiuno, por la tarde entré a ver la biblioteca municipal que, por cierto, era la primera vez que yo entraba en una biblioteca, pues como siempre había estado en el campo, ni la había visto ni había entrado en ninguna; lo cierto es que la encargada de ella, señorita Celia Alzás, me recibió muy amable y me obligó a que me sentara, cosa que yo, con sumo gusto, acepté, allí los dos, mano a mamo, como vulgarmente se dice, hablamos de libros, escritores, poetas y demás; siempre llevando ella, como más instruida que yo, el don de la palabra; por último, me dijo que escribiera un libro de poesías para ponerlo en la biblioteca; yo le dije que no tenía talento para ello, a lo que rápidamente me contestó que si no tenía talento, sí tenía facultades y que sería muy importante tener un libro en la biblioteca municipal de un hijo del pueblo, que eso ayudaría a entusiasmar a los jóvenes no sólo a leer, sino también para aquéllos que escribieran; tanto insistió conmigo que recapacité y empecé a escribir poesías que

algunas de ellas las he recitado en público y otras en el libro de festejos de feria y en el de Semana Santa; por cierto, que el público me las ha elogiado muy bastante, sea por eso o por lo que sea, que lo que antes no era conocido hoy creo que pocas personas hay en el pueblo que no me conozcan. No sólo personas mayores; los niños y niñas de las escuelas me ven en la calle y me dicen ¡Lobato!; yo, en verdad, gozo no sólo cuando me nombran, gozo todavía más cuando los veo ir a clase tan limpios, tan aseados y tan bien vestidos, que yo me considero el abuelo de todos ellos y le pido al Todopoderoso que esos niños y niñas que considero nietos míos aprendan a leer y escribir y se hagan hombres y mujeres de provecho, y que siempre estén como hoy, limpios, mantenidos y aseados, y que ellos y todos vivamos en paz y tranquilidad. Que así sea.

Barcarrota, 1985.

# HIMNO DEL SOLDADO

Soldados en España
y estoy en el cuartel
contento y orgulloso
de haber entrado en él
que es honra singular
vestir el uniforme militar.

Al toque de silencio
que suene en el cuartel (y el corneta tocaba silencio)
la madre del soldado
rezando está por él.

(Un oficial decía) ¡Soldados, la Patria entera
para vosotros es sagrada.
Traidor el que la mancilla
o la entrega a otra nación
pues la Patria no perdona
el crimen de su traición!

Al toque de diana
que alegra al español (la corneta tocaba diana)
despierta, compañero,
que va a salir el sol.

Madre de mi corazón,
no tengas pena por mí
que sirviendo a la bandera
es como te sirvo a ti.

Al jurarla la besé
y el beso fue una oración,
madre mía, patria mía,
el que te daría con el corazón.

1.936

# HIMNO DE LA ACADEMIA DE INFANTERIA

Ardor guerrero vibre en nuestras voces
y de amor patrio henchido el corazón
entonemos el himno sacrosanto
del deber de la Patria y del honor, honor.

De los que amor y vida te consagran
escucha, España, la canción guerrera
canción que brota de almas que son tuyas
de labios que han besado tu bandera.

De pechos que esperaron anhelantes
besar la cruz aquella
que formaba la insignia de la Patria
y el arma con que había de defenderla.

Nuestro anhelo es tu grandeza
que seas noble y fuerte
y por verte temida y honrada
contentos tus hijos irán a la muerte;
y por verte temida y honrada
contentos tus hijos irán a la muerte.

Si al caer en lucha fiera ven flotar
victoriosa la bandera
ante esa visión postrera
orgullosos morirán
y la que su vida le entregó,
le devuelve agradecida
el beso que recibió.

El resplandor de gloria de otros días
tu celestial figura ha de envolver
pues aún le queda la fiel infantería
que por saber morir sabrá vencer
y volarán tus hijos
ansiosos al combate
y tu nombre invocarán.

Y los que en la academia toledana
sienten que se apoderan de sus pechos
con la épica nobleza castellana
y el ansia altiva de los grandes hechos
te prometen ser fieles a tu historia
y dignos de su honor y de su gloria.

1.936

# HIMNO DEL REGIMIENTO CASTILLA

Soldado soy de Castilla
del fiel Tercer Regimiento
he de mostrarme contento
y he de sentir alegría.

Felices de ser soldados
en patria de libertades
libertades conquistadas
con la sangre derramada.

Al calor de un ¡viva España!
atacar, atacar con valor
saber vencer o morir
Castilla siempre fue así.

Por honor y por hombría
de soldado y de español
he de conservar tu historia
más que mi vida tu gloria.

Al lema que es nuestro honor
ser siempre fiel yo prometo
gritando con valentía
saber vencer o morir
Castilla siempre fue así.

1.936

# A LA VIRGEN DEL SOTERRAÑO, PATRONA DE BARCARROTA

Sin ser yo escritor
ni tampoco ser poeta
ahora que llega tu día
te voy a escribir unas letras
con devoción y alegría.

Acabo de decirte
que lo hago con devoción
porque no es la primera vez,
esto es ya tradición.

El año pasado lo hice
y éste no sabía si estaría vivo;
desde aquí te doy las gracias
porque la salud me has concedido.

No creo que dure mucho
porque la edad lo requiere
y mortales somos todos:
hombres, niños y mujeres.

Cada día que va pasando
mayor me voy haciendo,
pero mientras esté aquí
algo te iré escribiendo.

Pero tengo que decirte
y es pura realidad,
desgraciado el que no llega
a ser de la tercera edad.

Hoy, como es tu día,
te sacan en procesión
por las calles de este pueblo
que te tiene devoción.

El día ocho de septiembre
es tu dichoso día
te sacan en procesión
y nos llenas de alegría.

El día que yo falte
dirán por este día:
ya faltó Manuel Lobato,
el que siempre te escribía.

Quiero pedirte un favor
porque buena eres tú,
a nuestros emigrantes
que los colmes de salud.

A los que están ausentes
aunque no en el extranjero
que también les des salud,
cosa que de ti espero.

No me gusta ser cansino
por eso voy a terminar;
tú eres nuestra Patrona
lo has sido, lo eres y lo serás.

Adiós, Patrona de Barcarrota,
adiós, Virgen del Soterraño,
si me concedes salud,
adiós, hasta otro año.

**Manuel Lobato,**
Barcarrota, 1.987